

BOLETIN DE PASTORAL

Revista Diocesana Mensual



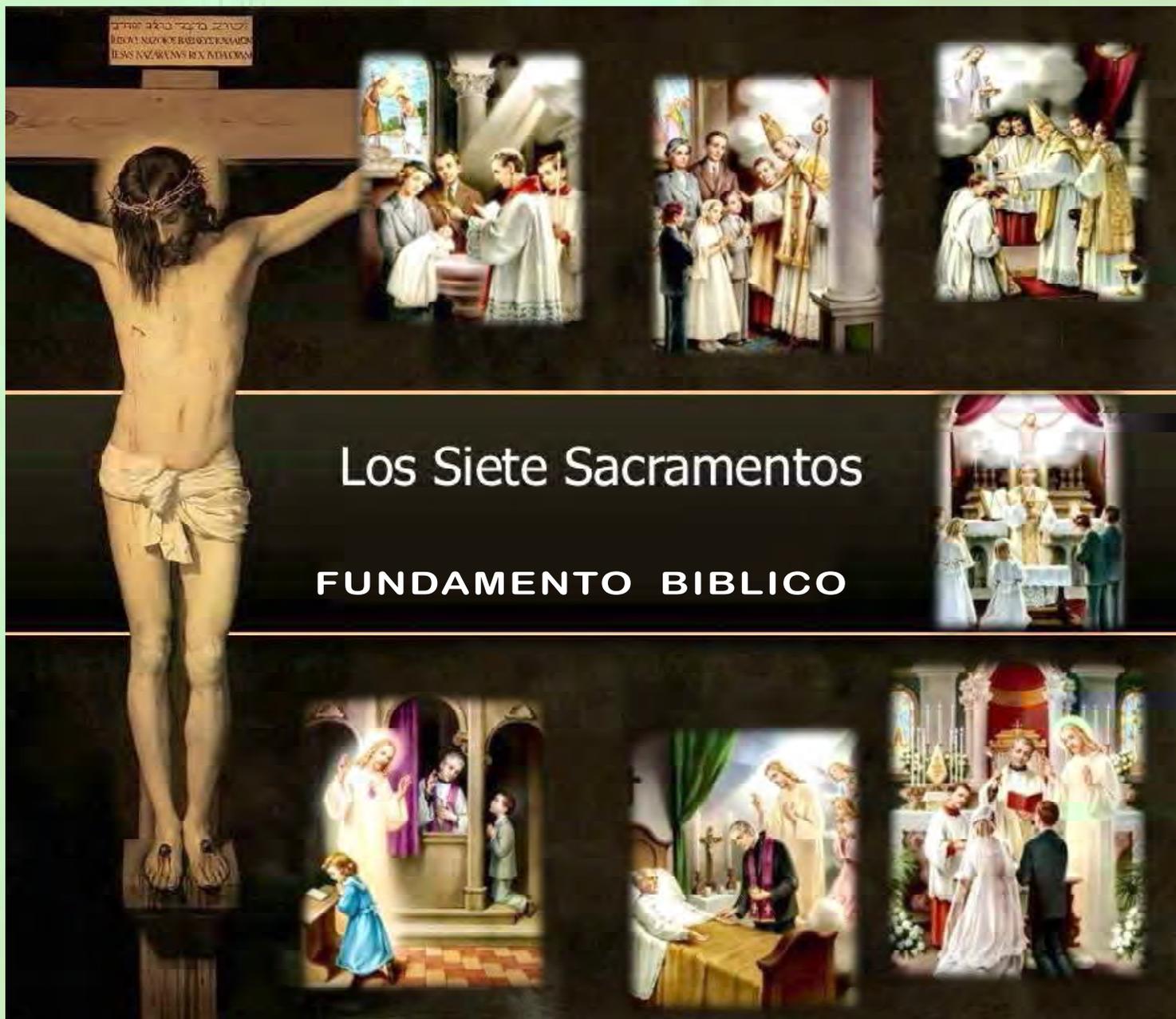
San Juan de los Lagos, Jal.

Septiembre de 2013

Nº 382

Septiembre, Mes de la Biblia

"Alegrate, hija de Sión, porque el Señor tu Dios está en medio de ti como poderoso salvador y te renueva con su amor"



SUMARIO:

Presentación 1

LECTIO DIVINA:

Los sacramentos de iniciación cristiana:

- 1. El Bautismo 3
- 2. La Confirmación 8
- 3. Eucaristía 12

Los sacramentos de curación:

- 4. Sacramento de Penitencia y Reconciliación 18
- 5. Unción de los Enfermos 22

Sacramentos al servicio de la comunidad:

- 6. Matrimonio 25
- 7. Sacramento del orden 29

¿Cómo hacer Lectio Divina? 33

Entonización de la Biblia en las familias 36

El gozo de la salvación traída por Jesucristo 38

La alegría de creer en Cristo 40

Centro Diocesano de Pastoral

Morelos 34. A. P. 21

Tel. (395) 785-0020 Fax. (395) 785-0171

Correo-E: cpastoral@gmail.com

Messenger: cpastoral@hotmail.com

47000 San Juan de los Lagos, Jal.

Responsable:

Comisión de Pastoral Profética

Diócesis de San Juan de los Lagos.

Presentación

«Tanto los que iban delante como los que iban detrás, gritaban: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito el reino venidero de nuestro padre David! ¡Hosanna en las alturas!» (Marcos 11,9-10).

«Este es el día en que el Señor actuó; regocijémonos y alegrémonos en él»
(Salmo 118,24).

Estamos en el Año de la celebración gozosa de la fe, que motiva nuestra esperanza, nos hace redescubrir el sentido de fiesta, renueva las motivaciones de nuestra alegría auténtica, y nos a revalorizar las celebraciones litúrgicas y de piedad popular.

Hay mucho gozo en una buena celebración. Pero ¿qué le gusta celebrar a la gente? ¿Un cumpleaños... un día festivo... un evento deportivo? ¿Cómo lo celebran? Una de las maneras en que la gente celebra es haciendo mucho ruido. Otra manera en que la gente celebra las fiestas es agitando banderas y desplegando estandartes. Otra manera en que se celebra un evento es gritando y vitoreando.

Nosotros los cristianos celebramos nuestra fe de una manera especial en los sacramentos. Contentos de creer, se nos impone celebrar gozosamente nuestra fe. Pero debemos superar la rutina y el ritualismo con que solemos hacerlo, para darle un tono festivo: hacemos fiesta porque la victoria de Cristo resucitado se aplica a nuestra vida en un momento concreto importante de ella.

Si buscamos en la Biblia la palabra «sacramento» no la vamos a encontrar, al menos en el

sentido que hoy le damos. En sentido profano se aplicaba al conjunto de ceremonias por las cuales se consagraba al servicio del Imperio para su defensa y expansión, que acompañaban al juramento prestado por los soldados romanos en su incorporación al ejército.

De llamarles «misterios» para resaltar su carácter sobrenatural y divino, el término sacramento, para los cristianos, poco a poco se fue aplicando a los signos sagrados instituidos por Cristo que son fuente de su Gracia y de su voluntad salvífica, para resaltar también la necesidad de aceptación y compromiso por parte del hombre como militantes activos

de la Iglesia, hasta reservarse como término técnico para designarlos.

El Catecismo de la Iglesia Católica los define como *fuerzas que brotan del Cuerpo de Cristo (cf Lc 5,17; 6,19; 8,46) siempre vivo y vivificante, y como acciones del Espíritu Santo que actúa en su Cuerpo que es la Iglesia, son las obras maestras de Dios en la nueva y eterna Alianza (CEC 1116).*

Es necesario considerarlos, pues, como los canales a través de los cuales Dios nos ofrece la salvación de su Hijo Jesucristo, a través de la



Iglesia, y a través de los cuales la Iglesia rinde culto a Dios en la vida de sus hijos. Es más, el principal sacramento de Dios es Jesús. Decimos esto porque en Jesús, Dios se manifestó plenamente, tal como Él es. Conociendo a Jesús, conocemos a Dios mismo. Jesús es signo de Dios.

Después de la Resurrección de Jesús y su Ascensión a los cielos, Él desapareció de manera física entre los hombres. Sin embargo, quiso prolongarse y vivir en una pequeña comunidad de creyentes, que lo reconocían como el único Señor y se reunían en su Nombre para glorificar a Dios. Esa comunidad se consolidó el día de Pentecostés. Esta comunidad es la que hoy llamamos Iglesia, palabra que significa asamblea convocada. La Iglesia llega a ser también signo, sacramento de la presencia de Jesús en el mundo de hoy, como Salvador de los hombres. Es decir, la Iglesia es el signo visible e histórico a través del cual Jesús sigue ofreciendo y obrando con su presencia gloriosa la salvación de los hombres.

La Iglesia se expresa y se realiza a sí misma en los sacramentos, a través de los cuales Jesús sigue haciéndose presente en medio de nosotros. Son signos y gestos que dan al hombre la oportunidad de encontrarse con Jesucristo, desde el nacimiento hasta su muerte. Los siete sacramentos aparecen en siete momentos que representan la totalidad de la vida humana, tanto personal como social; y en esos momentos es cuando Jesús quiere entrar en la existencia del hombre a través de los siete sacramentos.

Cada uno de estos momentos de encuentro vital con Jesús son vividos por nosotros como una verdadera fiesta; siendo los momentos cruciales de nuestra vida donde Él se hace presente. Pero no hay fiesta, cuando uno está solo. En una fiesta no hay lugar para individualismo («cada uno para sí»). Tampoco en los sacramentos. Éstos son signos de vida, de amor, de unidad. Son signos comunitarios; en ellos se expresa toda la comunidad de creyentes como en una realidad: un pueblo salvado que se une con alegría a su Señor en la fe, la esperanza y el amor, y festeja en compañía de los demás.

La celebración mayor nos congrega cada domingo en torno a la mesa del Señor. En la Eucaristía la Iglesia se construye y se mantiene en la celebración del memorial del Sacrificio de Cristo en la Cruz a través del signo de la última Cena.

Los sacramentos de la iniciación cristiana, el Bautismo y la Confirmación, culminan propiamente en la participación de la Eucaristía, completando y perfeccionando así nuestra conformación con el mismo Cristo en su Muerte y Resurrección. Los demás sacramentos restauran o fortalecen la gracia de nuestra participación en el misterio salvífico de Cristo.

En este mes de la Biblia la Vocalía de Animación Bíblica de la Pastoral ofrecemos 7 esquemas para Lectio Divina que tienen como intención fundamental, profundizar y meditar desde la Palabra de Dios los sacramentos *signos sensibles y eficaces de la gracia, instituidos por Nuestro Señor Jesucristo para santificar nuestras almas, y confiados a la Iglesia para su celebración que da culto a Dios y mediante los cuales se edifica a sí misma.*

Completamos este material con algunas orientaciones para que el guía de la Lectio Divina pueda orientar bien sus pasos y fomentar la participación. Y finalmente también un esquema de celebración para hacer la Entronización de la Biblia en las familias, es decir, en los hogares, pero puede adaptarse para realizarse también en los centros de reflexión, o en las capillas donde se tendrá la reflexión de los temas. Recordemos que por estudiar el Catecismo de la Iglesia Católica en familia o en grupo se puede obtener la Indulgencia Plenaria, cumpliendo las debidas condiciones.

Esperamos que con este material los agentes de pastoral puedan hacer que la Biblia esté en las manos del pueblo y constituya la guía para su vida y para la consolidación de las comunidades, dando sentido a la organización de los sectores parroquiales y posibilitando que toda la acción pastoral tenga una dimensión bíblica.

*Vocalía de Animación Bíblica
de la Pastoral*

LOS SACRAMENTOS DE INICIACIÓN CRISTIANA

«La iniciación cristiana se realiza mediante el conjunto de tres sacramentos: el Bautismo, que es el comienzo de la vida nueva; la Confirmación que es su afianzamiento; y la Eucaristía que alimenta al discípulo con el Cuerpo y la Sangre de Cristo para ser transformado en El» (CEC 1275).

Lectio Divina 1:

"Este es mi Hijo amado, en quien me complaceo"

EL BAUTISMO

Mt 3, 13-17

INVOCACION AL ESPIRITU SANTO

Ven Espíritu Santo, envía tu luz desde el cielo.

Padre amoroso del pobre; don, en tus dones espléndido; luz que penetra las almas; fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma, divina luz y enriquécenos. Mira el vacío del hombre si Tú le faltas por dentro; mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo, doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus Siete Dones según la fe de tus siervos. Por tu bondad y tu gracia dale al esfuerzo su mérito; salva al que busca salvarse y danos tu gozo eterno. Amén.



LECTURA

Del Evangelio de san Mateo (3, 13-17)

Entonces Jesús vino desde Galilea al Jordán y se presentó a Juan para que lo bautizara. Pero Juan trataba de impedirle diciendo: -Soy yo quien necesito que tú me bautices, y ¿tú vienes a mí? Jesús le respondió: -Olvida eso ahora; pues conviene que cumplamos lo que Dios ha dispuesto.

Entonces Juan accedió. Apenas fue bautizado, Jesús salió del agua y, en ese momento se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y descendía sobre él. Y una voz que venía del cielo decía: -Este es mi Hijo amado, en quien me complaceo.

Palabra del Señor.

Los cuatro evangelios cuentan el Bautismo que recibió Jesús (Mc 1,9-11; Mt 3,13-17; Lc 3,21-22; Jn 1, 32-34) y los cuatro conceden ex-

cepcional importancia a este hecho porque representa el punto de partida y el comienzo del ministerio público de Jesús (Hch 1,22; 10,37; 1Jn 5.6).

Jesús va en busca de Juan para pasar por el camino de la purificación, sin tener necesidad de hacerlo. *Pero Juan trata de impedirselo diciendo: -Soy yo quien necesito que tú me bautices, y ¿tú vienes a mí?* Juan se sigue refiriendo al signo del bautismo con agua, y que era la forma como él iba preparando a los que querían seguir los caminos de Señor comprometiéndolos en un camino de penitencia; no va más allá de la elección del Mesías, por eso se siente indigno de bautizarlo.

Juan accede cuando Jesús le dice que eso no les compete a ellos, pues es obra de Dios, que ellos simplemente están siguiendo un plan, el proyecto realizado por Dios Padre y que ha puesto con la finalidad de la elección y unción del Mesías y una nueva efusión de su Espíritu Divino sobre la humanidad de Jesús para que inicie su misión mediánica, que culminará en el Sacrificio del Calvario.

Abrirse los cielos, es sinónimo de que Dios quiso abrir su espacio para acercarse a nosotros. No sólo de una manera simbólica, sino a través de su Hijo Jesucristo, que sin deber nada, sin haber pecado, carga el pecado de todos y da la vida por todos los hombres para el perdón de sus pecados.

Y una voz que venía del cielo decía: -Este es mi Hijo amado, en quien me complazco. Aquí se revela más clara la misión de Jesucristo así como nuestra misión de seguirle y de ver en él a El elegido. Es el Hijo, elegido como el Siervo de Yahvé, y la realización del verdadero Isaac prometido a Abraham o Salomón prometido a David.



Jesucristo ordenó a los apóstoles un Bautismo diferente del conocido por los judíos. No era sólo un símbolo, sino una verdadera purificación radical, un morir al mal para resucitar a la plenitud de vida, un nuevo nacimiento y un llenarse del Espíritu Santo. Juan Bautista lo había anunciado: *«Yo bautizo con agua, pero pronto va a venir el que es más poderoso que yo, al que yo no soy digno de soltarle los cordones de sus zapatos; él los bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego».* (Lc 3,16)

El hecho más importante para interpretar el Bautismo cristiano es el Bautismo de Jesús, en el que culminan las prefiguraciones del Antiguo Testamento sobre este sacramento.

Según el judaísmo antiguo, la comunicación del Espíritu significa la *i n s p i r a c i ó n* profética. La persona que recibe el Espíritu es llamada por Dios para ser su mensajero (Eclo 48,24; Dn 13,45). Por lo tanto, en el momento del bautismo, Jesús recibió del Padre la vocación y el destino que marcó y orientó su vida.

La proclamación divina *«Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco»* (Mc 1,11; Mt 3,17; Lc 3,22), acompañó la venida del Espíritu. Estas palabras evocan el texto de Isaías que da inicio a los cantos del Siervo de Yahvé (Is 42,1); este Siervo es el hombre solidario con el pueblo pecador, al que libera y salva a través de su sufrimiento y muerte. (Is 53, 1-12).

Con ocasión de su Bautismo, Jesús experimentó su vocación, aceptando la misión y el destino que le llevarían a su muerte violenta. Así se explica que las dos únicas veces que Jesús utiliza el verbo bautizar (Mc 10,38; Lc 12,50) sea para referirse a su propia muerte.

El bautismo para Jesús tiene un sentido concreto: es el acto y el momento en que el hombre asume conscientemente una vocación y un destino en la vida, la vocación y el destino de la solidaridad incondicional con los hombres, especialmente los más pobres, hasta llegar a la misma muerte.

Juan bautizaba en vistas al juicio último de Dios; el Bautismo cristiano es la participación en la muerte y resurrección de Jesucristo; es decir, el bautizado ha muerto a una forma de existencia, para nacer a otra nueva que no acabará jamás.

La Iglesia bautiza porque así realiza el mandato de Jesús resucitado y porque está llena del Espíritu Santo para comunicar la salvación a través de este sacramento.

El Bautismo es el sacramento de la fe (Mc 16,16). Pero la fe tiene necesidad de la comunidad de creyentes. Solo en la fe de la Iglesia puede creer cada uno de los cristianos. La fe que se requiere para el Bautismo no es una fe perfecta y madura, sino un comienzo que está llamado a desarrollarse. En todos los bautizados, niños o adultos, la fe debe crecer después del Bautismo. Cuando se trata del Bautismo de niños, para su crecimiento en la fe es necesaria la ayuda de los padres y padrinos (CEC 1253-1255).

MEDITACION

El Bautismo, por ser un sacramento de iniciación, tiene unos efectos de regeneración e incorporación a Cristo y a la Iglesia muy especiales:

Al bautizado le son perdonados los pecados y recibe una vida nueva, se une a la Muerte y Resurrección de Jesucristo, participa de su misión sacerdotal, profética y real y es incorporado a la Iglesia.

Perdona los pecados y da una vida nueva. El paso del mar Rojo fue para los israelitas el paso de la esclavitud a la libertad. Por eso el bautismo que vinculó a aquellos hombres al destino de Moisés (1Co 10,2), fue el bautismo de la liberación. Así mismo, el Bautismo cristiano comporta una experiencia de liberación: de la misma forma que el paso del mar Rojo fue para los israelitas, la experiencia fundamental de su liberación; así, el paso por el agua bautismal comporta para los cristianos la experiencia de su propia libertad.



Por el Bautismo, el cristiano se separa del destino colectivo de una humanidad fatalmente sometida a la esclavitud del pecado, liberándose del pecado original que corrompe y desgarrar al hombre y al mundo, y consagrándose al servicio de Dios en la comunidad. La persona que ha vivido la experiencia del Bautismo, ha vivido la experiencia de la libera-

ción del pecado. El pecado ya no tiene dominio sobre los cristianos.

Para el bautizado no existe más ley que la del amor, Luego la experiencia fundamental del creyente en el Bautismo es la experiencia del amor, no sólo del amor a Dios, sino del amor infinito de Dios y también del amor al prójimo.

El Bautismo une al bautizado a la Muerte y Resurrección de Jesucristo. De la misma manera que Jesús pasó por la muerte, para llegar a una vida sin límites, igualmente el cristiano tiene que pasar por una muerte (el Bautismo), para empezar una nueva vida, la vida de la fe, la vida propia del cristiano.

Es lo que dice san Pablo en su carta a los Romanos: «¿Ignoran acaso que todos a quienes el bautismo ha vinculado a Cristo hemos sido vinculados a su muerte?. En efecto, por el bautismo hemos sido sepultados con Cristo quedando vincu-

lados a su muerte, para que así como Cristo ha resucitado de entre los muertos por el poder del Padre, así también nosotros llevemos una vida nueva. Porque si hemos sido injertados en Cristo a través de una muerte semejante a la suya, también compartiremos su resurrección» (Rm 6, 3-5)

«Morir con Cristo» significa morir al mundo, al orden establecido, como fundamento de la vida del hombre (Ga 6,14) o a los poderes del mundo que esclavizan (Col 2,20), a la esclavitud de la ley (Rm 7,6), a la vida en pecado (Rm 6,6) o a la vida para sí mismo (2Co 5, 14-15).

Hace participar al bautizado de la misión sacerdotal, profética y real de Jesucristo Quien recibe el Bautismo queda revestido de Jesús el Mesías, lo que significa que la misma vida de Cristo está presente y actúa en el que ha recibido el Bautismo.

El Bautismo imprime en el cristiano, un sello espiritual indeleble de su pertenencia a Cristo. Este sello no es borrado por ningún pecado, aunque el pecado impida al Bautismo dar frutos de salvación.

Incorpora al bautizado a la Iglesia. La Iglesia es la comunidad de los bautizados, pues el efecto fundamental del Bautismo es incorporar al hombre a la comunidad de la Iglesia. La Iglesia es la comunidad de los que libre y conscientemente han asumido como destino en la vida sufrir y morir por los demás, es decir, la Iglesia es la comunidad de los que viven para los demás; es así mismo, la comunidad de los que se han revestido de Cristo, reproduciendo en su vida lo que fue la vida de Jesús el Mesías.

CONTEMPLACIÓN

Veamos lo que dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

1276 «Vayan, pues, y hagan discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que yo les he mandado» (Mt 28,19-20).

1277 El Bautismo constituye el nacimiento a la vida nueva en Cristo. Según la voluntad del Señor, es necesario para la salvación, como lo es la Iglesia misma, a la que introduce el Bautismo.

1278 El rito esencial del Bautismo consiste en sumergir en el agua al candidato o derramar agua sobre su cabeza, pronunciando la invocación de la Santísima Trinidad, es decir, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

1279 El fruto del Bautismo, o gracia bautismal, es una realidad rica que comprende: el perdón del pecado original y de todos los pecados personales; el nacimiento a la vida nueva, por la cual el hombre es hecho hijo adoptivo del Padre, miembro de Cristo, templo del Espíritu Santo. Por la acción misma del bautismo, el bautizado es incorporado a la Iglesia, Cuerpo de Cristo, y hecho partícipe del sacerdocio de Cristo.

1280 El Bautismo imprime en el alma un signo espiritual indeleble, el carácter, que consagra al bautizado al culto de la religión cristiana. Por razón del carácter, el Bautismo no puede ser reiterado (cf DS 1609 y 1624).



1281 Los que padecen la muerte a causa de la fe, los catecúmenos y todos los hombres que, bajo el impulso de la gracia, sin conocer la Iglesia, buscan sinceramente a Dios y se esfuerzan por cumplir su voluntad, pueden salvarse aunque no hayan recibido el Bautismo (cf LG 16).

1282 Desde los tiempos más antiguos, el Bautismo es dado a los niños, porque es una gracia y un don de Dios que no suponen méritos humanos; los niños son bautizados en la fe de la Iglesia. La entrada en la vida cristiana da acceso a la verdadera libertad.

1283 En cuanto a los niños muertos sin bautismo, la liturgia de la Iglesia nos invita a tener confianza en la misericordia divina y a orar por su salvación.

1284 En caso de necesidad, toda persona puede bautizar, con tal que tenga la intención de hacer lo que hace la Iglesia, y que derrame agua sobre la cabeza del candidato diciendo: «Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

ORACION

CONTIGO QUEREMOS, SEÑOR

Alcanzar y bajar hacia las aguas del Jordán
para sentir que Dios llama siempre a pesar de las dificultades del camino.

CONTIGO QUEREMOS, SEÑOR

Dejar la comodidad de nuestra casa, de nuestros amigos y trabajos,
para empeñarnos un poco en aquello que el Evangelio
necesita de nuestras manos y de nuestro esfuerzo.

CONTIGO QUEREMOS, SEÑOR

Renovar nuestro Bautismo
un tanto empolvado por el paso del tiempo.
Reavivar nuestro Bautismo un tanto mortecino.
Fortalecer nuestro Bautismo a veces débil y acomodado.

CONTIGO QUEREMOS, SEÑOR

Escuchar nuestro nombre y tu llamada: *«Tú eres mi Hijo.»*
Para que nunca falte en tu causa buenos testigos
que pregonen tu Palabra.
que pronuncien tu nombre, que den testimonio de tu Reino,
que ofrezcan lo que son y tienen y Dios sea conocido, amado y bendecido
en las cuatro direcciones del mundo.

CONTIGO QUEREMOS, SEÑOR

Renovar, levantar, ilusionar y mejorar,
incentivar y alimentar, revitalizar y fortalecer
lo que un día, por la fuerza del Espíritu,
nos hizo hijos de Dios, miembros de su pueblo,
hijos de la Iglesia, testigos de tu Reino: EL BAUTISMO.

Amén.

Lectio Divina 2:

"Les imponían las manos y les daban el Espíritu Santo"

LA CONFIRMACION

Hch. 8,14-17

Javier Leoz

INVOCACION AL ESPIRITU SANTO

Ven Espíritu Santo, entra hasta el fondo del alma, divina luz, y enriquecéenos. Mira el vacío del hombre si tú le faltas por dentro; mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento. Amen

LECTURA:

De los Hechos de los Apóstoles (8,14-17)

«Al enterarse los apóstoles que estaban en Jerusalén de que Samaría había aceptado la Palabra de Dios, les enviaron a Pedro y a Juan. Estos bajaron y oran por ellos para que recibieran el Espíritu Santo; pues todavía no había descendido sobre ninguno de ellos; únicamente habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo»

Palabra de Dios.

En el Antiguo Testamento los profetas anunciaron que el Espíritu del Señor reposaría sobre el Mesías esperado para realizar su misión salvífica (cf Is 11,2; 61,1). El descenso del Espíritu Santo sobre Jesús en su bautismo por Juan fue el signo de que Él era el que debía venir, el Mesías, el Hijo de Dios.

Habiendo sido concebido por obra del Espíritu Santo, toda su vida y toda su misión se realizan en una comunión total con el Espíritu Santo que el Padre le da sin medida. Esta plenitud del Espíritu no debió permanecer únicamente en el Mesías, sino que debía ser comunicada a todo el pueblo de Dios.

Muchas veces Jesús prometió el envío del Espíritu, promesa que realizó primero el día de Pascua y luego de manera mas manifestada en Pentecostés. Llenos del Espíritu Santo los Apóstoles comienzan a proclamar las maravillas de

Dios (Hch 2,11), los que creyeron en la predicación apostólica y se hicieron bautizar recibieron a su vez el don del Espíritu Santo. (Hch 2,38).

El Nuevo Testamento no habla del sacramento de la Confirmación

como tal. Está claro que Jesucristo lo instituyó pero no lo administró por sí mismo, puesto que era algo pensado para cuando El se fuera. Cristo anunció la venida del Paráclito -El Espíritu Santo- una vez que El se marchara de este mundo.

De lo que sí hay clara constancia es de la celebración por parte de los Apóstoles -con la



imposición de manos- Así puede leerse en los Hechos de los Apóstoles cuando Pedro y Juan van a imponer las manos a los recién bautizados de Samaría para que reciban así el Espíritu Santo (Hch 8,14-17) y cuando Pablo bautiza e impone las manos a unas cuantas personas en Éfeso, con lo que reciben el Espíritu Santo (Hch 19, 5-7).

Desde los primeros tiempos de la Iglesia, cuando se realizaba el Bautismo, se tenía la costumbre de que el Obispo utilizara un gesto o ritual de bendición «la imposición de manos» sobre la cabeza del bautizado, así se recordaba lo que hicieron los apóstoles. Igualmente existía la costumbre de ungir con aceite en la cabeza o en el pecho a los recién bautizados, este aceite había sido previamente bendecido por el obispo.

Esta costumbre se mantuvo hasta el siglo V, no existía un rito religioso separado del Bautismo, todo se realizaba en la misma celebración. Cuando se impusieron los Bautismos masivos de niños recién nacidos, se vio la necesidad de que los presbíteros y diáconos administraran el Bautismo, mientras que la imposición de manos y la unción se retardaba para cuando el obispo pudiera.



MEDITACION

El Concilio Vaticano II dice: «*por el sacramento de la Confirmación se vinculan (los cristianos) más estrechamente a la Iglesia, se enriquecen con una fuerza especial del Espíritu Santo y con ello quedan obligados más estrictamente a difundir y defender la fe como verdaderos testigos de Cristo, por la palabra juntamente con las obras*» (LG 11)

Lo primero que conviene reafirmar es que el sacramento por el cual recibimos el Espíritu Santo, el Sacramento del Espíritu, es el Bautismo. Con él nacemos espiritualmente y nos hacemos

partícipes de la vida de la Santísima Trinidad y comenzamos a vivir una vida sobrenatural. La Confirmación es el robustecimiento de la Gracia Bautismal por parte de Dios, en un nuevo momento de la existencia humana, para su crecimiento espiritual. Por eso en este sacramento se renuevan personalmente las promesas del Bautismo que otros hicieron por nosotros al poco tiempo de nacer. Su fin es perfeccionar lo que el

Bautismo comenzó en nosotros: nuestra incorporación a su Pascua y a su Iglesia. Podríamos decir en cierto modo que nos bautizamos para ser confirmados, y nos confirmamos para ser eucaristizados.

Lo que caracteriza el símbolo de la Confirmación es la imposición de manos y la unción con el crisma. Esta unción ilustra el nombre de cristiano que significa «ungido» y que tiene origen en el nombre de Cristo, al que Dios ungió con el Espíritu Santo.

En la Confirmación el obispo, en nombre de la Iglesia, bendice a los bautizados para que el Espíritu Santo los fortalezca y lleve a plenitud la gracia del Bautismo, los haga testigos de Cristo en el mundo extendiendo y defendiendo la fe con sus palabras y sus obras. Algunos le han llamado «la ordenación sacerdotal de los laicos».

Con la imposición de manos se hace la inserción plena de las personas bautizadas en la comunidad apostólica. Esta inserción es una verdadera participación en el profetismo de Cristo, que los cristianos, con una especificación en su sacerdocio bautismal, tendrán que realizar asumiendo, anunciando y confesando la fe en Cristo, testimoniando con palabras y obras, la verdad evangélica, a través del espacio y del tiempo y siendo fermento de santidad en el mundo.

El otro signo, esencial, es la Unción con el Crisma: En el Antiguo Testamento tiene una

significación importante el gesto de ungir a los reyes (1Sm 10,1; 16,13; 1R 1,39). Mediante la unción, se otorgaba al rey el poder para ejercer su función que estaba estrechamente relacionada con la defensa de la justicia, la cual consistía especialmente en la defensa de los pobres y desvalidos, los huérfanos y las viudas, es decir, de los que por sí mismos no podían defenderse.

Para el Nuevo Testamento. Jesús es el Ungido por excelencia. Así lo manifiesta el evangelio de Lucas al narrar el suceso acaecido en la sinagoga de Nazaret, donde Jesús lee e interpreta el texto del profeta Isaías haciendo referencia a él mismo: *«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la buena noticia a los pobres, me ha enviado a proclamar la liberación de los cautivos a dar vista a los ciegos, a libertar a los oprimidos y a proclamar el año de gracia del Señor»* (Lc 4,18-19)

El cristiano, al recibir la Confirmación, queda ungido y enviado para la misión de anunciar la fe, testimoniar la verdad, comprometerse en la implantación en el mundo de la justicia, la libertad y la paz, para ser fermento de santidad y edificar la iglesia por medio de sus carismas y servicios de caridad.

El mayor efecto del sacramento de la Confirmación es la efusión plena del Espíritu Santo, y sus siete dones: Sabiduría, Entendimiento, Consejo, Ciencia, Piedad, Fortaleza y Temor de Dios, como fue concedida a los apóstoles el día de Pentecostés.

Si el Bautismo hace al cristiano Hijo de Dios, la Confirmación le enriquece con una fuerza nueva y singular del Espíritu Santo, que le hace capaz de dar testimonio de su existencia y de

irradiar la fe que la presencia y acción de Dios ha creado y mantiene en él.

Si el Bautismo une al cristiano con Jesucristo, la Confirmación le hace testigo del Señor en plenitud, activando y profundizando continuamente la nueva vida que reside en él.

Si el Bautismo llena al cristiano con los dones del Espíritu Santo y le ha incorporado a la Iglesia, la Confirmación, le estimula para hacer fructificar en el servicio esos dones recibidos y para estar plenamente unido a toda la Iglesia en su consagración y misión.

CONTEMPLACIÓN

Vemos lo que dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

1316 La Confirmación perfecciona la gracia bautismal; es el sacramento que da el Espíritu Santo para enraizarnos más profundamente en la filiación divina, incorporarnos más firmemente a Cristo, hacer más sólido nuestro vínculo con la Iglesia, asociarnos todavía más a su misión y ayudarnos a dar

testimonio de la fe cristiana por la palabra acompañada de las obras.

1317 La Confirmación, como el Bautismo, imprime en el alma del cristiano un signo espiritual o carácter indeleble; por eso este sacramento sólo se puede recibir una vez en la vida.

1318 En Oriente, este sacramento es administrado inmediatamente después del Bautismo y es seguido de la participación en la Eucaristía, tradición que pone de relieve la unidad de los tres sacramentos de la iniciación cristiana. En la Iglesia latina se administra este sacramento cuando se ha alcanzado el uso de razón, y su celebración se reserva ordinariamente al obispo, significando así que este sacramento robustece el vínculo eclesial.



1319 El candidato a la Confirmación que ya ha alcanzado el uso de razón debe profesar la fe, estar en estado de gracia, tener la intención de recibir el sacramento y estar preparado para asumir su papel de discípulo y de testigo de Cristo, en la comunidad eclesial y en los asuntos temporales.

1320 El rito esencial de la Confirmación es la unción con el Santo Crisma en la frente del bautizado (y en Oriente, también en los otros órganos de los sentidos), con la imposición de la mano del ministro y las palabras: «Accipe

signaculum doni Spiritus Sancti» («Recibe por esta señal el don del Espíritu Santo»), en el rito romano; «Signaculum doni Spiritus Sancti» («Sello del don del Espíritu Santo»), en el rito bizantino.

1321 Cuando la Confirmación se celebra separadamente del Bautismo, su conexión con el Bautismo se expresa entre otras cosas por la renovación de los compromisos bautismales. La celebración de la Confirmación dentro de la Eucaristía contribuye a subrayar la unidad de los sacramentos de la iniciación cristiana.

ORACION

Ven Espíritu Santo, inflama nuestro corazón y enciende en él el fuego de tu Amor. Dígnate escuchar nuestras súplicas, y envía sobre nosotros tus dones, como los enviaste sobre los Apóstoles el día de Pentecostés.

Espíritu de Verdad, te rogamos nos llenes del don de Entendimiento, para penetrar las verdades reveladas, y así aumentar nuestra fe; distinguiendo con su luz lo que es del buen, o del mal espíritu.

Espíritu Sempiterno, te rogamos nos llenes del don de Ciencia, para sentir con la Iglesia en la estima de las cosas terrenas, y así aumentar nuestra esperanza; viviendo para los valores eternos.

Espíritu de Amor, te rogamos nos llenes del don de Sabiduría, para que saboreemos cada día más con qué infinito Amor somos amados personalmente, y así aumente nuestra caridad a Dios y al prójimo; actuando siempre movidos por ella.

Espíritu Santificador, te rogamos nos llenes del don de Consejo, para obrar de continuo con prudencia; eligiendo las palabras y acciones más adecuadas a nuestra santificación y la de los demás.

Espíritu de Bondad, te rogamos nos llenes del don de Piedad, para practicar con todos la justicia; dando a cada uno lo suyo: a Dios con gratitud y obediencia, a los hombres con generosidad y amabilidad.

Espíritu Omnipotente, te rogamos nos llenes del don de Fortaleza, para perseverar con constancia y confianza en el camino de la perfección cristiana; resistiendo con paciencia las adversidades.

Espíritu de Majestad, te rogamos nos llenes del don de Temor de Dios, para no dejarnos llevar de las tentaciones de los sentidos, y proceder con templanza en el uso de las criaturas.

Divino Espíritu, por los méritos de Jesucristo y la intercesión de tu Esposa, María Santísima, te suplicamos que vengas a nuestro corazón y nos comuniques la plenitud de tus dones, para que, iluminados y confortados por ellos, vivamos según tu voluntad, muramos entregados a tu Amor y así merezcamos cantar eternamente tus infinitas misericordias. Amén.

Lectio Divina 3:

"He deseado comer esta Pascua con ustedes"

EUCARISTIA

Lc 22, 14-20

INVOCACIÓN AL ESPIRITU SANTO

Señor Jesús, abre nuestros ojos y nuestros oídos a tu Palabra. Que leamos y escuchemos tu voz y meditemos tus enseñanzas.

Despierta nuestra alma e inteligencia, para que tu Palabra penetre en nuestro corazón y podamos saborearla y comprenderla.

Danos una gran fe en ti, para que tus palabras sean para nosotros otras tantas luces que nos guíen hacia ti por los caminos de la justicia y de la verdad.

Habla, Señor, que te escuchamos y deseamos poner en práctica tu doctrina, porque tus palabras son para nosotros vida, gozo, paz y felicidad. Habla, Señor, tú eres nuestro Señor y Maestro y no escucharemos a nadie sino a ti. Danos tu Espíritu Santo, que su gracia nos basta. Amén



cias y dijo: -Tomen esto y repártanlo entre ustedes; pues les digo que ya no beberé del fruto de la vid hasta que llegue el reino de Dios. Después tomó pan, dio gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: -Esto es mi Cuerpo, que se entrega por ustedes; hagan esto en memoria mía. Y después de la cena, hizo lo mismo con el cáliz diciendo: -Este es el cáliz de la nueva alianza sellada con mi Sangre, que se derrama por ustedes.

Palabra del Señor.

La cena pascual judía adquiere en este relato un nuevo significado, al convertirse en anuncio de la Muerte de Jesús, hecho con el que se inaugura la nueva alianza. Lucas insiste en relacionar la cena de pascua con la Muerte sacrificial de Jesús en la Cruz. Por su parte, esta nueva alianza sólo alcanzará su plenitud en el reino que viene. El centro del relato se encuentra en las palabras de Jesús sobre el pan y el vino.

En este momento Jesús debió haber traído a su mente aquella fiesta de la pascua que, durante siglos, los judíos habían celebrado, conmemorando la liberación gloriosa de Egipto y de la muerte por medio de la sangre del cordero sin mancha. Ahora, Él era el verdadero Cordero Pascual cuya sangre iba a ser pronto derramada para la salvación de todos los que confiaran en Él.

LECTURA

Según san Lucas (22, 14-20)

Llegada la hora, Jesús se sentó a la mesa con los discípulos. Y les dijo: - ¡Cómo he deseado celebrar esta pascua con ustedes antes de morir! Porque les digo que no la volveré a celebrar hasta que tenga su cumplimiento en el reino de Dios. Tomó entonces un cáliz, dio gra-

Y nos invita a sentarnos junto con Él a la mesa, como verdaderos discípulos que lo acompañan en todo momento, capaces de vivir en familia.

Esta pascua, sin duda alguna, tenía para Jesús un sentido particular e inexpressable. Mandó prepararla especialmente y por primera vez no la celebran en el campamento al descampado. Había deseado comerla antes de padecer, así lo expresa, con un anhelo ardiente y apasionado. Estas palabras nos invitan como creyentes a considerar el deseo intenso y apasionado con que Jesús desea la comunión con nosotros a su mesa. Que como familia suya, seamos capaces de acompañarlo en cada Eucaristía, no como meros espectadores, sino participando de su comunión.

No volverá a celebrar la pascua, sino hasta su regreso a la tierra cuando establezca de una vez y para siempre entre nosotros su reino glorioso. Hay que celebrar día con día en torno a su mesa, el memorial de su entrega que nos dejó en cada Eucaristía, creyendo con fe que Él ahí está presente en medio de nosotros.

Cuando tomó la copa de vino, que era la parte inicial del ritual de la pascua, como lo es del oficio sabatino, dio gracias por ella y la pasó a sus discípulos, recordándoles de nuevo que no volvería a beber más del fruto de la vid, hasta que llegara el reino de Dios. Jesús nos invita a vivir su entrega al Padre y desde ahora vivir el Reino, con nuestra comunión como familia, y a imitar su donación.

La última pascua fue inmediatamente seguida por la Cena del Señor, quien instituyó este sagra- do memorial para que sus seguidores a lo largo de los siglos le recordaran así en su muerte. Primero les dio el pan, símbolo de su Cuerpo, que pronto sería entregado por ellos. Luego, el cáliz o copa hablaba de su Sangre que sería derramada en la Cruz del Calvario, refiriéndose a ella como el nuevo pacto en su Sangre, derramada en sacrificio por los suyos. El pleno cumplimiento del Nuevo Pacto tendrá lugar durante el reino de Jesucristo en la tierra, pero como creyentes y familia que somos, podemos ser parte de sus beneficios en el tiempo presente, frecuentando el sacramento de la Eucaristía.

MEDITACION

La riqueza inagotable de este sacramento se expresa en los distintos nombres que se le da, sin agotarse en ninguno, sino exigiendo complementariedad entre ellos:

Eucaristía: de origen griego «Eukharistia», significa «acción de gracias». Esta palabra recuerda las bendiciones judías que proclaman las obras de Dios: la creación, la redención, la santificación. (cf Lc 22,19; 1Co 11,24; Mt 26,26; Mc 14,22).

Banquete del Señor: porque se trata de la Cena que el Señor celebró con sus discípulos la víspera de su Pasión (1Co 11,20).

Fracción del Pan: porque este rito fue utilizado por Jesús cuando bendecía y distribuía el pan como cabeza de familia. Con esta expresión los primeros cristianos designaron sus asambleas eucarísticas. Con él quiere significar que todos los que comen de este único pan partido, que es Cristo, entran en comunión con Él y forman un solo cuerpo en Él (cf Mt 14,19; 15,36; Mc 8,6-19; Hch 2,42.46; 20, 7.11; 1Co 10,16-17).

Asamblea Eucarística: porque la Eucaristía es celebrada en la asamblea de los fieles, expresión visible de la Iglesia. (Cf 1Co 11,17-3).

Santo Sacrificio: porque actualiza el único Sacrificio de Cristo Salvador e incluye la ofrenda de la Iglesia (cf Hch 13,15; Sal 116,13.17; 1P 2,5).

Comunión: porque por este sacramento nos unimos a Cristo que nos hace partícipes de su Cuerpo y de su Sangre para formar un solo cuerpo (Cfr. 1 Co 16-17).

Santa Misa: porque cuando la Eucaristía se celebraba en latín se despedía a la gente diciendo «Ite Missa est», que habla del envío a cumplir con la voluntad de Dios en su vida.

La Sagrada Eucaristía culmina la iniciación cristiana. Los que han sido elevados a la dignidad del sacerdocio real por el Bautismo y configurados más profundamente con Cristo en la Confirmación, participan por medio de la Eucaristía con toda la comunidad en el sacrificio mismo del Señor. Cristo instituyó en la Última Cena, el sacri-

ficio eucarístico de su cuerpo y su Sangre para perpetuar por los siglos el sacrificio de la cruz y confiar el memorial de su muerte y resurrección a la Iglesia. Es signo de unidad, vínculo de amor, banquete pascual en el que se recibe a Cristo.

En los Evangelios se establece una estrecha conexión entre la cena eucarística y la fiesta de la Pascua (Mt 26, 2.17. 18-19; Jn 6,4; 11,56; 1Co 5,7). Esto nos indica que para los evangelios la Eucaristía es la nueva Pascua de los cristianos. Sabemos que, en la tradición del Antiguo Testamento, el acontecimiento de la Pascua se pone en estrecha relación con la salida de Egipto (Ex 12,21-23). La celebración de la Pascua estaba dedicada a conmemorar lo que Dios hizo con su pueblo al liberarlo de la esclavitud (Dt 16,1; Ex 12,11-14).

Los milagros de la multiplicación de los panes, cuando el Señor dijo la bendición, partió y distribuyó los panes por medio de sus discípulos para alimentar a la multitud, prefiguran la sobreabundancia de este único Pan de su Eucaristía. El signo del agua convertida en vino en Caná, anuncia ya la hora de la glorificación de Jesús, manifiesta el cumplimiento del banquete de bodas en el Reino del Padre, donde los fieles beberán el vino nuevo, convertido en Sangre de Cristo.

En la Pascua de Jesús se vence la esclavitud de la muerte y el pecado, abriéndose el camino a la salvación. Si la Eucaristía viene a sustituir para los cristianos lo que era la antigua Pascua para los judíos, el sentido de la Eucaristía es también el de celebrar la liberación integral que nos consigue Jesús.

La cena pascual consistía, además, en el sacrificio de un cordero (Ex 12,1-14. 43-45). El Paralelismo que existe entre Jesús y el cordero pascual (Mc 12,22-24; Lc 22, 19s; Jn 19,36; 1Co 5,7) nos hace ver que la Eucaristía es la actualización del auténtico Sacrificio, en el que Jesús se entrega por los demás.

El carácter de sacrificio de la Eucaristía se halla claramente indicado en las palabras que Jesús pronunció sobre el cáliz, según el evangelio de Mateo: «Esta es mi sangre, la sangre de la alianza, que se derrama por todos para el perdón

de los pecados» (Mt 26,28). Esta frase evoca el relato en el que Moisés rocía con sangre del sacrificio del Sinaí al pueblo, al tiempo que dice: «*Esta es la sangre de la Alianza que el Señor ha hecho con ustedes*» (Ex 24,8).

El Señor, habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin. Sabiendo que había llegado la hora de partir de este mundo para retornar a su Padre, en el transcurso de una cena, les lavó los pies y les dio el mandamiento del amor, para dejarles una prenda de este amor, para no alejarse nunca de los suyos y hacerles partícipes de su Pascua, instituyó la Eucaristía como memorial de su muerte y de su resurrección y ordenó a sus los apóstoles celebrarlo hasta su retorno, «*constituyéndoles entonces sacerdotes del Nuevo Testamento*».

«*Yo soy el pan e vida. Sus padres comieron el maná en el desierto, pero murieron, aquí está el pan que baja del cielo para comerlo y no morir. Yo soy el pan vivo bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Pero además, el pan que voy a dar es mi carne, para que el mundo viva... el que come mi carne y bebe mi sangre, vive de vida eterna y yo lo resucitaré en el último día.*» (Jn 6, 48-60).

Los que escucharon este discurso de Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm, no pudieron entender cómo era posible comer su Carne y beber su Sangre. Incluso los escandalizó: «*es duro este lenguaje, ¿quién puede escucharlo?*». La Eucaristía y la Cruz son piedras de escándalo. Es el mismo misterio y no cesa de ser ocasión de división. «*¿También ustedes quieren marcharse?*» (Jn 6,67). Esta pregunta del Señor resuena a través de las edades, como invitación de su amor a descubrir que sólo Él tiene «palabras de vida eterna» (Jn 6,68), ya que acoger en la fe el don de su Eucaristía es acogerlo a El mismo.

Los apóstoles, para entender la manera de cómo realizar esta comida celestial, tuvieron que esperar hasta la Última Cena, más aún, la venida del Espíritu Santo.

Cuando Jesús instituyó la Eucaristía tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio a los discípulos diciendo: «*Tomen, coman, esto es mi cuerpo*» (Mt 26,26). En esta frase sorprende el

realismo con que se identifica al sujeto «esto» (el pan) con el predicado «*mi cuerpo*» (la persona de Jesús). Las palabras de Jesús no dejan lugar a dudas. No se trata de una comparación (esto es como si fuera mi cuerpo), sino de una afirmación real: esto es mi cuerpo. El pan y el vino pierden en la Eucaristía su sentido natural como alimento corporal y reciben un nuevo ser y un nuevo sentido. Son signos y símbolos de la presencia real y de la entrega personal de Jesucristo. En los signos sensibles de pan y de vino, se hace presente realmente Jesucristo, que se entrega por nosotros (CEC 1373-1381).

«*Hagan esto en memoria mía*». El mandamiento de Jesús de repetir sus gestos y sus palabras «hasta que venga», no exige solamente acordarse de Jesús y de lo que hizo. Requiere la celebración litúrgica por los apóstoles y sus sucesores del memorial de Cristo, de su vida, de su muerte, de su resurrección y de su intercesión junto al Padre.

«*Cristo se sacrificó una sola vez para borrar los pecados de todos los hombres*» (Heb 9,28). Las misas que se celebran continuamente en todo el mundo no son repeticiones del Sacrificio de Cristo, sino celebraciones en las cuales se vuelve a hacer presente la Cena del Señor, en la cual dejó sacramentalmente su Sacrificio de la Cruz. Participar en la Eucaristía, es unirse al culto más grande que el hombre pueda realizar, porque no es el ofrecimiento de oraciones y obras buenas lo que se hace, sino el mismo ofrecimiento de Cristo, al cual el hombre se une mediante la aceptación de la Palabra de Dios, la oblación de sí mismo, y la recepción del Cuerpo y la Sangre del Señor.

Desde el comienzo la Iglesia fue fiel a la orden del Señor. De la Iglesia de Jesucristo se dice: «*Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, fieles a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones.. Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un*

mismo espíritu partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y con sencillez de corazón» (Hch 2, 42. 46)). Era sobre todo «*el primer día de la semana*», es decir, el domingo, el día de la Resurrección de Jesús, cuando los cristianos se reunían para partir el Pan. Desde entonces hasta nuestros días, la celebración de la Eucaristía se ha perpetuado.



El Señor nos dirige una invitación urgente a recibirle en el sacramento de la Eucaristía «*En verdad, en verdad les digo: si no comen ustedes la Carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no tendrán vida en ustedes*» (Jn 6,53).

Para responder a esta invitación, debemos prepararnos para este momento tan grande y santo. San Pablo exhorta a un examen de conciencia: «*Quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Exáminese, pues cada cual, y coma entonces del pan y beba del cáliz. Pues quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio castigo*» (1Co 11,27-29). Quien tiene conciencia de estar en pecado grave debe recibir el sacramento de la Reconciliación antes de acercarse a comulgar.

CONTEMPLACIÓN

Vemos lo que dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

1406 *Jesús dijo: «Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre... el que come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene vida eterna... permanece en mí y yo en él» (Jn 6, 51.54.56).*

1407 *La Eucaristía es el corazón y la cumbre de la vida de la Iglesia, pues en ella Cristo asocia su Iglesia y todos sus miembros a su sacrificio de alabanza y acción de gracias ofrecido una vez por todas en la cruz a su Padre; por medio de este sacrificio derrama las gracias de la salvación sobre su Cuerpo, que es la Iglesia.*

1408 *La celebración eucarística comprende siempre: la proclamación de la Palabra de Dios, la acción de gracias a Dios Padre por todos sus beneficios, sobre todo por el don de su Hijo, la consagración del pan y del vino y la participación en el banquete litúrgico por la recepción del Cuerpo y de la Sangre del Señor: estos elementos constituyen un solo y mismo acto de culto.*

1409 *La Eucaristía es el memorial de la Pascua de Cristo, es decir, de la obra de la salvación realizada por la vida, la muerte y la resurrección de Cristo, obra que se hace presente por la acción litúrgica.*

1410 *Es Cristo mismo, sumo sacerdote y eterno de la nueva Alianza, quien, por el ministerio de los sacerdotes, ofrece el sacrificio eucarístico. Y es también el mismo Cristo, realmente presente bajo las especies del pan y del vino, la ofrenda del sacrificio eucarístico.*

1411 *Sólo los presbíteros válidamente ordenados pueden presidir la Eucaristía y consagrar el pan y el vino para que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre del Señor.*

1412 *Los signos esenciales del sacramento eucarístico son pan de trigo y vino de vid, sobre los cuales es invocada la bendición del Espíritu Santo y el presbítero pronuncia las palabras de la consagración dichas por Jesús en la última cena: «Esto es mi Cuerpo entregado por vosotros... Este es el cáliz de mi Sangre...»*

1413 *Por la consagración se realiza la transubstanciación del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Bajo las especies consagradas del pan y del vino, Cristo mismo, vivo y glorioso, está presente de manera verdadera, real y substancial, con su Cuerpo, su Sangre, su alma y su divinidad (cf Cc. de Trento: DS 1640; 1651).*

1414 *En cuanto sacrificio, la Eucaristía es ofrecida también en reparación de los pecados de los vivos y los difuntos, y para obtener de Dios beneficios espirituales o temporales.*

1415 *El que quiere recibir a Cristo en la Comunión eucarística debe hallarse en estado de gracia. Si uno tiene conciencia de haber pecado*

mortalmente no debe acercarse a la Eucaristía sin haber recibido previamente la absolución en el sacramento de la Penitencia.

1416 *La Sagrada Comunión del Cuerpo y de la Sangre de Cristo acrecienta la unión del comulgante con el Señor, le perdona los pecados veniales y lo preserva de pecados graves. Puesto que los lazos de caridad entre el comulgante y Cristo son reforzados, la recepción de este sacramento fortalece la unidad de la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo.*

1417 *La Iglesia recomienda vivamente a los fieles que reciban la sagrada comunión cuando participan en la celebración de la Eucaristía; y les impone la obligación de hacerlo al menos una vez al año.*

1418 *Puesto que Cristo mismo está presente en el Sacramento del Altar es preciso honrarlo con culto de adoración. «La visita al Santísimo Sacramento es una prueba de gratitud, un signo de amor y un deber de adoración hacia Cristo, nuestro Señor» (MF).*

1419 *Cristo, que pasó de este mundo al Padre, nos da en la Eucaristía la prenda de la gloria que tendremos junto a él: la participación en el Santo Sacrificio nos identifica con su Corazón, sostiene nuestras fuerzas a lo largo del peregrinar de esta vida, nos hace desear la Vida eterna y nos une ya desde ahora a la Iglesia del cielo, a la Santa Virgen María y a todos los santos.*

ORACION

Señor Jesús: Nos presentamos ante ti sabiendo que nos llamas y que nos amas tal como somos. «Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Hijo de Dios» (Jn 6,69).

Tu presencia en la Eucaristía ha comenzado con el Sacrificio de la última Cena y continúa como comunión y donación de todo lo que eres. Aumenta nuestra FE.

Por medio de ti y en el Espíritu Santo que nos comunicas, queremos llegar al Padre para decirle nuestro «sí» unido al tuyo.

Contigo ya podemos decir: Padre nuestro. Siguiéndote a ti, «camino, verdad y vida», queremos penetrar en el aparente «silencio» y «ausencia» de Dios, rasgando la nube del Tabor para escuchar la voz del Padre que nos dice: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo mi complacencia: Escúchenlo» (Mt 17,5).

Con esta FE, hecha de escucha contemplativa, sabremos iluminar nuestras situaciones personales, así como los diversos sectores de la vida familiar y social.

Tú eres nuestra ESPERANZA, nuestra paz, nuestro mediador, hermano y amigo. Nuestro corazón se llena de gozo y de esperanza al saber que vives «siempre intercediendo por nosotros» (Heb 7,25).

Nuestra esperanza se traduce en confianza, gozo de Pascua y camino apresurado contigo hacia el Padre.

Queremos sentir como tú y valorar las cosas como las valoras tú. Porque tú eres el centro, el principio y el fin de todo.

Apoyados en esta ESPERANZA, queremos infundir en el mundo esta escala de valores evangélicos por la que Dios y sus dones salvíficos ocupan el primer lugar en el corazón y en las actitudes de la vida concreta.

Queremos AMAR COMO TÚ, que das la vida y te comunicas con todo lo que eres.

Quisiéramos decir como San Pablo: «Mi vida es Cristo» (Flp 1,21). Nuestra vida no tiene sentido sin ti.

Queremos aprender a «estar con quien sabemos nos ama», porque «con tan buen amigo presente todo se puede sufrir». En ti aprenderemos a unirnos a la voluntad del Padre, porque en la oración «el amor es el que habla» (Sta. Teresa).

Entrando en tu intimidad, queremos adoptar determinaciones y actitudes básicas, decisiones duraderas, opciones fundamentales según nuestra propia vocación cristiana.

CREYENDO, ESPERANDO Y AMANDO, TE ADORAMOS con una actitud sencilla de presencia, silencio y espera, que quiere ser también reparación, como respuesta a tus palabras: «Quédense aquí y velen conmigo» (Mt 26,38).

Tú superas la pobreza de nuestros pensamientos, sentimientos y palabras; por eso queremos aprender a adorar admirando el misterio, amándolo tal como es, y callando con un silencio de amigo y con una presencia de donación.

El Espíritu Santo que has infundido en nuestros corazones nos ayuda a decir esos «gemidos inenarrables» (Rm 8,26) que se traducen en actitud agradecida y sencilla, y en el gesto filial de quien ya se contenta con sola tu presencia, tu amor y tu palabra.

En nuestras noches físicas y morales, si tú estás presente, y nos amas, y nos hablas, ya nos basta, aunque muchas veces no sentiremos la consolación. Aprendiendo este más allá de la ADORACIÓN, estaremos en tu intimidad o «misterio».

Entonces nuestra oración se convertirá en respeto hacia el «misterio» de cada hermano y de cada acontecimiento para insertarnos en nuestro ambiente familiar y social y construir la historia con este silencio activo y fecundo que nace de la contemplación.

Gracias a ti, nuestra capacidad de silencio y de adoración se convertirá en capacidad de AMAR y de SERVIR.

Nos has dado a tu Madre como nuestra para que nos enseñe a meditar y adorar en el corazón. Ella, recibiendo la Palabra y poniéndola en práctica, se hizo la más perfecta Madre.

Ayúdanos a ser tu Iglesia misionera, que sabe meditar adorando y amando tu Palabra, para transformarla en vida y comunicarla a todos los hermanos. Amén.

Juan Pablo II

LOS SACRAMENTOS DE CURACION: PENITENCIA Y UNCIÓN DE LOS ENFERMOS

«El Señor Jesucristo, médico de nuestras almas y de nuestros cuerpos, que perdonó los pecados al paralítico y le devolvió la salud del cuerpo (cf Mc 2,1-12), quiso que su Iglesia continuase, en la fuerza del Espíritu Santo, su obra de curación y de salvación, incluso en sus propios miembros. Este es finalidad de los dos sacramentos de curación: del sacramento de la Penitencia y de la Unción de los enfermos» (CEC 1421).

Lectio Divina 4:

"A quienes les perdonen los pecados les serán perdonados"

SACRAMENTO DE PENITENCIA Y RECONCILIACIÓN

ORACION:

Invocación al Espíritu Santo

Todos: Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor.

Guía: Envía, Señor, tu Espíritu y todo será de nuevo creado.

Todos: Y renovarás la faz de la tierra.

Guía: Padre Dios, que haz iluminado los corazones de tus fieles con la Luz del Espíritu Santo, haz que este mismo Espíritu nos haga gustar y amar el bien y nos llene siempre del gozo de tus consuelos divinos. Por Cristo nuestro Señor.

Amén.



LECTURA

(Juan 20, 22-23)

En la tarde de Pascua, el Señor Jesús se mostró a sus apóstoles, sopló sobre ellos y les dijo: «Reciban el Espíritu Santo. A quienes perdonen los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengan, les quedan retenidos».

Palabra del Señor.

Sopló sobre ellos y les dijo: Reciban el espíritu Santo. Nos indica que somos enviados, pero nos deja solos, nos da la fuerza por excelencia, su espíritu. Así con capacita, con este fuerza recibida debemos y podemos entregarnos totalmente así como él lo hizo. Confíemos en la fuerza del Espíritu, de Él recibimos las fuerzas necesarias y sufi-

cientes para poder responder a la misión que nos ha dado Dios a cada uno.

A quienes les perdonen los pecados, Dios se los perdonará; y a quienes se los retengan, Dios se los retendrá. Perdonar los pecados es el tinte especial que les da a los discípulos en su misión. Juan desde el comienzo de su evangelio resaltaré que para eso vino Jesús, *‘es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo»*, son enviados a ejercitar el perdón, llamados a llevar la misericordia para todo hombre. Hoy los sacerdotes lo siguen haciendo, acudamos a ellos con la confianza de que es el mismo Dios quien actúa en ellos, perdonan los pecados y nos reconcilian con Dios.



El sacramento de la Penitencia tiene un lugar relevante en la vida de la Iglesia. Esta es consciente de que Jesucristo le ha confiado, en los Apóstoles y en sus sucesores, el poder de perdonar los pecados. Por consiguiente, ha visto siempre en este sacramento el signo del perdón de Dios confiado a la propia Iglesia.

«Te daré las llaves del Reino de los Cielos; lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo» (Mt 16,19)

La realidad del mal es algo evidente para todo aquel que no quiera estar ciego ante lo que ocurre cotidianamente. Este mal es visto por el creyente como la expresión ante lo que ocurre cotidianamente. Este mal es visto por el creyente como la expresión de la ruptura que existe entre Dios y el ser humano, esa grieta que nace del corazón de cada persona y que separa a los hombres, oprime a los débiles, olvida a los pequeños e ineficaces. Esa ruptura es a lo que llamamos pecado.

El pecado conlleva tres dimensiones que están en relación continua, pero que al tiempo pueden

diferenciarse: dimensión personal, dimensión social, y dimensión cósmica. Daña a la persona, altera la convivencia humana y el orden de la creación.

Jesús llama a la conversión. Esta llamada es una parte esencial del anuncio del Reino *«Habla de esta forma: «El plazo está vencido, el Reino de Dios se ha acercado. Tomen otro camino y crean en la Buena Nueva»* (Mc 1, 15)

En la predicación de la Iglesia, esta llamada se dirige primeramente a los que no conocen todavía a Cristo y su Evangelio. Así el Bautismo es el lugar principal de la conversión primera y fundamental.

Ahora bien, la llamada de Cristo a la conversión sigue resonando en la vida de los cristianos. Esta segunda conversión es una tarea ininterrumpida para toda la Iglesia que *«recibe en su propio seno a los pecadores»*.

MEDITACION

El sacramento de la penitencia es un encuentro gozoso de reconciliación. En él intervienen siempre tres sujetos que lo configuran como sacramento: Dios, que busca, salva y renueva a la persona; la Iglesia, que hace visible en su seno el encuentro de reconciliación y la persona, que acoge en su propia vida el don de la reconciliación.

La reconciliación es, fundamentalmente una obra de Dios. En esta obra interviene tal como es un Padre que busca a sus hijos perdidos, que sale a su encuentro constantemente. Este es el significado profundo de toda la Historia de la Salvación. Un Padre que busca a sus hijos de formas diversas para otorgarles su propio hogar, su propia alegría, su propia vida.

Interviene el Hijo que, en su Muerte y Resurrección, manifiesta lo que es la reconciliación: un proceso de lucha contra el mal, una entrega al servicio de los demás, un camino de dolor hacia una situación nueva de amor.

E interviene la Iglesia, familia de los que siguen a Jesús, participan de su Espíritu y se reconocen hijos del mismo Padre, que se interesa por la situación de cada uno de sus miembros. No puede quedar indiferente ante el pecado de uno de sus componentes que necesariamente afecta a la comunidad entera.

Todo esto se manifiesta mediante:

La presencia de la Iglesia, a través de la Palabra de Dios que a todos invita a la conversión, los signos litúrgicos que para todos expresan el perdón y el servicio ministerial del sacerdote que simboliza la presencia de Cristo, la apostolicidad y el envío de Jesús.

La absolución del ministro ordenado que hace presente a Cristo y a la Iglesia, no es sólo una expresión de la buena noticia del perdón de los pecados o una mera declaración de que Dios lo ha perdonado; gracias a ella, somos readmitidos a la plena comunión eclesial. El sacramento de la penitencia es un tribunal de gracia, en el que Dios, Padre misericordioso, vuelve justo al pecador por la muerte y resurrección de Jesucristo en el Espíritu Santo (CIC 1461-1467)

La ayuda y acompañamiento de la comunidad particular. La intervención de la Iglesia en el proceso penitencial se concreta en el perdón mutuo y la corrección fraterna, la palabra de ánimo y la propia celebración del sacramento. El hombre al encuentro con Dios misericordioso.

CONTEMPLACIÓN

Veamos que nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

1486 *El perdón de los pecados cometidos después del Bautismo es concedido por un sacramento propio llamado sacramento de la conversión, de la confesión, de la penitencia o de la reconciliación.*

1487 *Quien peca lesiona el honor de Dios y su amor, su propia dignidad de hombre llamado a ser hijo de Dios y el bien espiritual de la Iglesia, de la que cada cristiano debe ser una piedra viva.*

1488 *A los ojos de la fe, ningún mal es más grave que el pecado y nada tiene peores consecuencias para los pecadores mismos, para la Iglesia y para el mundo entero.*

1489 *Volver a la comunión con Dios, después de haberla perdido por el pecado, es un movimiento que nace de la gracia de Dios, rico en misericordia y deseoso de la salvación de los hombres. Es preciso pedir este don precioso para sí mismo y para los demás.*

1490 *El movimiento de retorno a Dios, llamado conversión y arrepentimiento, implica un dolor y una aversión respecto a los pecados cometidos, y el propósito firme de no volver a pecar. La conversión, por tanto, mira al pasado y al futuro; se nutre de la esperanza en la misericordia divina.*

1491 *El sacramento de la Penitencia está constituido por el conjunto de tres actos realizados por el penitente, y por la absolución del sacerdote. Los actos del penitente son: el arrepentimiento, la confesión o manifestación de los pecados al sacerdote y el propósito de realizar la reparación y las obras de penitencia.*

1492 *El arrepentimiento (llamado también contrición) debe estar inspirado en motivaciones*



que brotan de la fe. Si el arrepentimiento es concebido por amor de caridad hacia Dios, se le llama «perfecto»; si está fundado en otros motivos se le llama «imperfecto».

1493 *El que quiere obtener la reconciliación con Dios y con la Iglesia debe confesar al sacerdote todos los pecados graves que no ha confesado aún y de los que se acuerda tras examinar cuidadosamente su conciencia. Sin ser necesaria, de suyo, la confesión de las faltas veniales está recomendada vivamente por la Iglesia.*



1494 *El confesor impone al penitente el cumplimiento de ciertos actos de «satisfacción» o de «penitencia», para reparar el daño causado por el pecado y restablecer los hábitos propios del discípulo de Cristo.*

1495 *Sólo los sacerdotes que han recibido de la autoridad de la Iglesia la facultad de absolver pueden ordinariamente perdonar los pecados en nombre de Cristo.*

1496 *Los efectos espirituales del sacramento de la Penitencia son:*

- la reconciliación con Dios por la que el penitente recupera la gracia;
- la reconciliación con la Iglesia;
- la remisión de la pena eterna contraída por los pecados mortales;
- la remisión, al menos en parte, de las penas temporales, consecuencia del pecado;
- la paz y la serenidad de la conciencia, y el consuelo espiritual;
- *el acrecentamiento de las fuerzas espirituales para el combate cristiano.*

1497 *La confesión individual e íntegra de los pecados graves seguida de la absolución es el*

único medio ordinario para la reconciliación con Dios y con la Iglesia.

1498 *Mediante las indulgencias, los fieles pueden alcanzar para sí mismos y también para las almas del Purgatorio la remisión de las penas temporales, consecuencia de los pecados.*

ORACIÓN

Damos gracias a Dios por habernos devuelto, con su gracia, la inocencia bautismal, y procuremos cumplir lo más pronto posible la penitencia impuesta por el confesor.

Padre Santo uniendo nuestra penitencia a todas las que se han hecho hasta el día de hoy

por la gloria de tu Nombre, y a todas las obras satisfactorias de tu amado Hijo, a sus ayunos, a sus vigias y oraciones. Te ofrecemos nuestra Confesión más próxima y esta satisfacción; suplicándote por los méritos de la Pasión de Jesús y por la intercepción de la Santísima Virgen y los santos, la aceptes y la hagas provechosa para cada uno de nosotros. En cuanto a lo que hemos podido faltar, sin culpa grave de nuestra parte, a la sinceridad de nuestra preparación al sacramento, a la perfección de nuestra contrición, a la fidelidad y caridad en las declaraciones de los pecados y la confesión de tu misericordia, como en las anteriores, confiamos todo al Dulcísimo Corazón de Jesús, tu Hijo, a fin de que todas las faltas y negligencias de que nos hayamos hecho culpable, en la recepción del Sacramento de la Reconciliación, sean enteras y perfectamente reparadas por este divino Corazón para tu eterna gloria. Dignate, pues, Padre Dios confirmar en el cielo la absolución que se nos da en la tierra por manos de tus sacerdotes ministeriales. Así sea.

Lección Divina 5:

"La oración de la fe salvará al enfermo"

UNCIÓN DE LOS ENFERMOS

Santiago 5,14-15

ORACIÓN INICIAL:

Padre Dios, refugio providente de los que sufren; escucha la oración que te dirigimos por ellos. Serena y conforta a los enfermos, a los ancianos y a los moribundos. Da a los que les cuidan sabiduría y paciencia, tacto y compasión. Inspírales los gestos que dan alivio, las palabras que iluminan y el amor que conforta. Te encomendamos los corazones desalentados, en rebeldía, desgarrados por la tentación, atormentados por la pasión, heridos o profanados por la maldad de los hombres. Pon dentro de nosotros, Señor, tu Espíritu de amor, de comprensión, de sacrificio, para que llevemos ayuda eficaz a todos aquellos que encontramos en nuestro camino sufriendo. Ayúdanos a responder a su llamada: es la tuya. Amén.



LECTURA:

Santiago (5,14-15).

«¿Está enfermo alguno entre ustedes? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que oren sobre él y le unjan con óleo en el nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor hará que se levante, y si hubiera cometidos pecados, le serán perdonados».

Palabra de Dios.

MEDITACION

La enfermedad es algo que incide en todo hombre y le afecta en lo más profundo de su ser. El hombre experimenta en ella su limitación y descubre la soledad, el abatimiento, la preocupación, la angustia e incluso la desesperación. Por otro lado, la enfermedad pone en evidencia todo aquello que es transitorio, apariencia, circunstancial y muestra lo que es verdadero y perdura.

La Escritura ve en la enfermedad un efecto del pecado, un indicio del mal y el dolor que hacen realidad las palabras del apóstol Pablo (Rm 8,22-24), cuando señala que toda la Creación gime por la plena manifestación de los hijos de Dios, incluso nosotros mismos, que tenemos el Espíritu como anticipo, participamos del universal dolor de parto aguardando la plenitud de la Nueva Creación.

Jesús aparece en los Evangelios como el gran adversario y el vencedor de la enfermedad. Debido a esta actuación de Jesús, la Iglesia siempre se ha sentido llamada a una especial solicitud hacia los enfermos, procurándoles el alivio y fortaleza. Por medio de este sacramento se nos manifiesta que Dios no olvida a las personas gravemente enfermas, ni a los ancianos, ni aquellos que se encuentran en un momento difícil. Al contrario como Padre lleno

de bondad, ha preparado un apoyo para aquellos hijos suyos.

Este gesto sacramental que realiza la comunidad cristiana se basa en la conducta de Jesús, insinuándose en el relato de la misión de los apóstoles: «*Ellos se fueron a predicar la conversión, echaban muchos demonios, unguían con aceite a muchos enfermos y los curaban*» (Mc 6,12-13).

El sacramento de la Unción es el sacramento de la esperanza teologal, de la esperanza de entrar en la Gloria; de la entrega tranquila del espíritu en los brazos amorosos del Padre-Dios; en los brazos en los que Cristo entregó el suyo desde la Cruz. No de una esperanza que fija su meta en el bien físico de la salud corporal, sino de una esperanza teologal que tiene puesta la vista en la resurrección de ese cuerpo dolorido que ahora está unguido con el óleo, y en su destino final que es la Gloria.

No es un remedio terapéutico de la enfermedad del cuerpo, pero al infundirle fe y esperanza al enfermo, bien puede aliviarle suavizándole la enfermedad, haciéndola mucho más llevadera..., e incluso sanándola, si ello ha de redundar en bien del alma.

En el sacramento de la Unción de los Enfermos se realizan dos gestos o signos que tienen un profundo sentido: la imposición de manos y la unción con aceite.

El mismo Jesús practicó el gesto de la imposición de manos sobre los enfermos (Mc 6,5; Mt 8,3; Lc 4,40) y lo encargó a sus discípulos (Mc 6,18), que lo practicaron habitualmente (Hch 9, 12.17; 28,8) Es un signo de la bendición que este sacramento confiere.

Respecto a la unción, los seguidores de Jesús, aún cuando estaban con él, ungieron a los enfermos (Mc 6,13) y el mismo Jesús utilizará otros símbolos como la saliva (Mc 7,32-33; 8,23; Jn 9,6) para devolver la salud. Esta unción con aceite simboliza la unción del Espíritu que conforta y

auxilia en la enfermedad, identificando al cristiano con Jesucristo resucitado.

A través del sacramento de la Unción, la Iglesia se dirige al Señor para pedir la salvación y el alivio de sus miembros enfermos, así como la fortaleza para aquellos que afrontan la debilidad de la vejez.

Este sacramento perdona los pecados de aquel que lo recibe, haciendo presente la misericordia de Dios.

La primera gracia que otorga este sacramento es de consuelo, paz y ánimo para vencer las dificultades propias de la enfermedad o la fragilidad de la vejez. Es un don del Espíritu Santo que renueva la confianza y la fe en Dios y fortalece contra las tentaciones del maligno, como el desaliento y la desesperación. Se recibe la fuerza y el don para unirse con Cristo en su Pasión y alcanzar

los frutos redentores del Salvador.

Los enfermos que reciben este sacramento, uniéndose libremente a la Pasión y Muerte de Jesús, contribuyen al bien del Pueblo de Dios y a su santificación.

Este sacramento acaba por conformarnos con la muerte y resurrección de Cristo como el bautismo

había comenzado a hacerlo. La Unción del Bautismo sella en nosotros la vida nueva, la de la Confirmación nos fortalece para el combate de la vida. Esta última unción, ofrece un escudo para defenderse de los últimos combates y entrar en la Casa del Padre.

No es un sacramento de moribundos, sino de enfermos, desde el momento en que puede haber peligro de muerte por enfermedad o por ancianidad, es decir, cuando la persona no puede ya salir de casa ni realizar sus actividades.



Pero también se ofrece a los que están próximos a morir, si no lo han recibido, junto con la Eucaristía, como un «viático» para el último viaje del hombre.

CONTEMPLACIÓN

Veamos lo que dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

1527 *El sacramento de la Unción de los enfermos tiene por fin conferir una gracia especial al cristiano que experimenta las dificultades inherentes al estado de enfermedad grave o de vejez.*



1528 *El tiempo oportuno para recibir la Santa Unción llega ciertamente cuando el fiel comienza a encontrarse en peligro de muerte por causa de enfermedad o de vejez.*

1529 *Cada vez que un cristiano cae gravemente enfermo puede recibir la Santa Unción, y también cuando, después de haberla recibido, la enfermedad se agrava.*

1530 *Sólo los sacerdotes (presbíteros y obispos) pueden administrar el sacramento de la Unción de los enfermos; para conferirlo emplean óleo bendecido por el Obispo, o, en caso necesario, por el mismo presbítero que celebra.*

1531 *Lo esencial de la celebración de este sacramento consiste en la unción en la frente y las manos del enfermo (en el rito romano) o en otras partes del cuerpo (en Oriente), unción acompañada de la oración litúrgica del sacerdote celebrante que pide la gracia especial de este sacramento.*

1532 *La gracia especial del sacramento de la Unción de los enfermos tiene como efectos:*

- la unión del enfermo a la Pasión de Cristo, para su bien y el de toda la Iglesia;
 - el consuelo, la paz y el ánimo para soportar cristianamente los sufrimientos de la enfermedad o de la vejez;
 - el perdón de los pecados si el enfermo no ha podido obtenerlo por el sacramento de la penitencia;
 - el restablecimiento de la salud corporal, si conviene a la salud espiritual;
- la preparación para el paso a la vida eterna.*

ORACION

Señor, Tu conoces mi vida y sabes mi dolor, has visto mis ojos llorar, mi rostro entristecerse, mi cuerpo lleno de dolencias y mi alma traspasada por la angustia.

Lo mismo que te pasó a ti cuando, camino de la Cruz, todos te abandonaron. Hazme comprender tus sufrimientos, y con ellos el Amor que Tu nos tienes.

Y que yo también aprenda que, uniendo mis dolores a Tus Dolores, tienen un valor redentor por mis hermanos.

Ayúdame a sufrir con Amor, hasta con alegría. Si no es "posible que pase de mi este cáliz", te pido por todos los que sufren: Por los enfermos como yo; por los pobres, los abandonados, los desvalidos, los que no tienen cariño ni comprensión y se sienten solos.

Señor: Sé que también el dolor lo permites Tu para mayor bien de los que te amamos. Haz que estas dolencias que me aquejan, me purifiquen, me hagan más humano, me transformen y me acerque más a Ti. Amén.

Juan Pablo II

SACRAMENTOS AL SERVICIO DE LA COMUNIDAD

«Otros dos sacramentos, el Orden y el Matrimonio, están ordenados a la salvación de los demás. Contribuyen ciertamente a la propia salvación, pero esto lo hacen mediante el servicio que prestan a los demás. Confieren una misión particular en la Iglesia y sirven a la edificación del Pueblo de Dios» (CEC 1534).

«Los que reciben el sacramento del Orden son consagrados para «en el nombre de Cristo ser los pastores de la Iglesia con la palabra y con la gracia de Dios» (LG 11). Por su parte, «los cónyuges cristianos, son fortificados y como consagrados para los deberes y dignidad de su estado por este sacramento especial» (GS 48,2).

Lectio Divina 6:

"Serán los dos una sola carne"

MATRIMONIO

Mt 19, 3-9

ORACION:

Invocación al Espíritu Santo

Tú que eres la fuente del amor y a él nos llama, enseña a jóvenes y adultos a crecer en el amor cristiano, que refleja en el matrimonio el de Cristo a su Iglesia. Y que a través de tu palabra encontremos el apoyo para lograrlo.

LECTURA

Mateo 19, 3-9

Se acercaron a Jesús unos fariseos y, para ponerlo a prueba, le preguntaron: ¿Puede uno separarse de su mujer por cualquier motivo? Jesús respondió: ¿No han leído que el Creador, desde el principio, los hizo hombre y mujer, y que dijo: Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer, y serán los dos uno sólo? De que manera ya no son dos, sino uno sólo. Por

tanto, lo que Dios unió, que no lo separe el hombre. Ellos dijeron: Entonces ¿por qué mandó Moisés que el marido diera un acta de divorcio a su mujer para separarse de ella? Jesús le dijo: Moisés les permitió separarse de sus mujeres por la incapacidad de ustedes para entender los planes de Dios, pero al principio no era así. Ahora yo les digo: El que se separe de su mujer, excepto en caso de unión ilegítima, y se casa con otra, comete adulterio.

Palabra del Señor.

Tanto Marcos como Mateo sitúan la actividad y las enseñanzas de Jesús en la región de Judea. El primer episodio cuenta un enfrentamiento dialéctico entre Jesús y los fariseos sobre el tema del divorcio, al que Mateo ha añadido un diálogo entre Jesús y sus discípulos sobre los que se hacen eunucos por el reino de los cielos

Los fariseos presentan una pregunta capciosa sobre el divorcio. Y la cuestión que le plantean no

es si el divorcio es o no lícito, pues todos los judíos admitían la separación, sino si puede uno separarse de su mujer por cualquier motivo. Era una cuestión muy debatida entre los maestros de la ley. Y la intención capciosa consiste en hacer la pregunta para conducir a Jesús a declararse contra la ley. Además Jesús es contundente en la defensa de la mujer. Ya que en la interpretación que se hacía de la ley de Moisés, la mujer era la perjudicada, la marginada, la ofendida. Jesús afirma que nadie debe buscar motivos para separar lo que Dios ha unido desde el origen

La respuesta que Jesús da va más allá de esta polémica, utilizando argumentos tomados de la Escritura, ya que en el designio de Dios la unión entre el hombre y la mujer es tan profunda, que es para siempre.

Es el signo de cohabitar y el vínculo conyugal, en donde el hombre y la mujer dejan a su padre y madre, para formar un solo cuerpo. Ese es el proyecto de Dios de que el hombre colabore en la obra de la creación. Está unión es una obra de la creación, es obra de Dios, en la que el hombre no puede intervenir.

Considera la ley de divorcio como una excepción que Moisés tuvo que hacer, obligado por la obstinación del pueblo. Pero en el designio de Dios la unión entre el hombre y la mujer es tan profunda, que es para siempre.

MEDITACION

En la vida del varón y de la mujer se da un momento en que, normalmente, brota el amor. Llevados de ese amor deciden entrar en una comunión estable de vida y formar una familia. A esta decisión y compromiso se llama matrimonio.

La concepción cristiana del matrimonio se nos ha revelado a lo largo del Antiguo y del Nuevo Testamento, perfilándose más detalladamente en las cartas de San Pablo (cf Gn 1-2; Os 1-3; Jn 2-3; Mc 10,2-9; Mt 19, 3-9; Ef 5, 31-33; 1Co 7,39).

El matrimonio y la familia se cuentan entre los bienes más valiosos de la humanidad. Son la célula fundamental de la comunidad humana: *«El bienestar de la persona y de la sociedad humana*

y cristiana está estrechamente ligado a la prosperidad de la comunidad conyugal y familiar» (GS 47)

Este compromiso público que se llama matrimonio, tiene una serie de características que le distinguen de otras formas de relación interpersonales:

El matrimonio es una relación interpersonal que se sitúa en una profundidad diferente a toda otra relación. Esto hace que toda otra comunicación interpersonal anterior quede plenificada por el amor matrimonial y que toda posterior quede necesariamente coloreada por ella.

El amor matrimonial abarca a toda la persona, no siendo sólo sentimiento, ley, obligación, radicando en esa tierra la fidelidad. Una fidelidad creativa, abierta, enriquecedora, que es ejercicio de la libertad y de la responsabilidad de la persona.

Es una unión que provoca vida, que es creadora. Si es cierto que no pueden identificarse sin más sexualidad y procreación, sería absolutamente ingenuo negar que ambas están estrechamente unidas. Por otro lado, la fecundidad matrimonial, que se manifiesta normalmente a través de los hijos, puede desarrollarse en otros terrenos como la acogida, la promoción de las personas, el arte.

El matrimonio está llamado a su publicidad, es decir, a que sea expresada públicamente la relación de amor entre las dos personas a las que atañe, lo que implica una cierta institucionalización.

Una de las páginas más bellas del Génesis es aquella en que el hombre se encuentra solo en medio de la creación. A pesar de poner nombre a todos los animales y cosas, se siente mudo, incapaz de pronunciar una palabra porque nadie le da respuesta. En esos momentos de soledad existencial y de pobreza vital, Dios le presenta a la mujer. A partir de esos momentos se inicia el diálogo y el encuentro de amor en la historia y el matrimonio se perfila poco a poco, hasta quedar plenamente clarificado en la persona de Cristo.

A lo largo del Antiguo Testamento la Alianza de amor entre Dios y su pueblo ha sido simbolizada en diferentes ocasiones por el amor matrimonial (Os 1-3; Jer 3; Ez 16 y 23; Is 54). Los libros sapienciales, a su vez, trataron de explicar en diferentes ocasiones el último sentido del matrimonio en la Alianza (Prv 15, Cantar, Sir 25,13 - 26,18).

Sin embargo, si los cristianos consideramos a Cristo como revelación plena del Misterio de Dios, es preciso que Él sea quien nos desvele el sentido profundo del matrimonio en el Plan de Salvación.

Jesús estuvo presente en una boda en Caná de Galilea, reconociendo con su presencia el valor humano del matrimonio. Además recogiendo la imagen matrimonial de la alianza que sugieren los profetas, compara el Reino de Dios con un banquete de bodas en el que se identifica con el esposo. Durante este banquete los amigos del novio no ayunan (Mt 9,14-15), son invitados los que están en los caminos mientras que algunos rechazan la llamada (Mt 22,1-14; Lc 14, 16-24), y es preciso estar alerta para participar en la fiesta (Mt 25,1-13).

En Mt 19, 3-9 Jesús reafirma el ideal originario de la creación (Gen 2,24) al defender la indisolubilidad de la alianza matrimonial. Jesús en este momento, supera la Ley, manifestando la profunda relación que existe entre el orden de lo creado y la Alianza. Aquí está el origen del sacramento del matrimonio: Jesús le reconoce como instituido desde la creación, cobrando para él una dimensión especial. Esta significación particular será claramente expresada por San Pablo en la carta a los Efesios: *«Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos un solo ser. Este símbolo es magnífico (esto es un sacramento grande); yo lo estoy aplicando a Cristo y a la Iglesia, pero también ustedes, cada*

uno en particular, debe amar a su mujer como a sí mismo, y la mujer debe respetar al marido» (Ef 5, 31-33)

Para los cristianos, la mutua entrega de un hombre y una mujer bautizados es sacramento, es decir, un signo que expresa y realiza la alianza de amor y fidelidad de Cristo con su pueblo, la Iglesia.

Como acabamos de ver, la Alianza de Dios con los hombres va a significarse a través del matrimonio en el Antiguo Testamento. Jesucristo es plenitud de esa Alianza; en el Dios pronuncia un sí irrepetible al ser humano, haciéndose carne esa Alianza de Dios con el hombre.

El amor matrimonial de los que se unen en el Señor es símbolo que actualiza el amor de Dios aparecido en Jesucristo, siendo el matrimonio una realidad en la que se vive, de forma peculiar, la muerte y la resurrección, la Pascua.

Así la donación, el perdón, los conflictos, las deficiencias, las culpabilidades, todo que lo que es y significa una vida en común, está integrado en el triunfo pascual del amor de Dios porque *«El amor conyugal es asumido en el amor divino y se rige y enriquece por la virtud redentora de Cristo y la acción salvífica de la Iglesia»* (GS 48)

El amor de los esposos exige, por su misma naturaleza, la unidad y la indisolubilidad de la comunidad de personas que abarca la vida entera de los esposos *«De manera que ya no son dos sino una sola carne»* (Mt 19,6). *«Están llamados a crecer continuamente en su comunión a través de la recíproca donación total»*

La unidad del matrimonio, confirmada por el Señor, aparece ampliamente en la igual dignidad personal que hay que reconocer a la mujer y al varón en el mutuo y pleno amor



El amor conyugal exige de los esposos, por su misma naturaleza, una fidelidad inviolable. Esto es consecuencia del don de sí mismos que se hacen mutuamente los esposos. El auténtico amor tiene por sí mismo a ser algo definitivo, no algo pasajero. Esta íntima unión, en cuanto donación mutua de dos personas, así como el bien de los hijos, exigen la plena fidelidad de los cónyuges y urgen su indisoluble unidad.

CONTEMPLACIÓN

Veamos lo que dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

1659 S. Pablo dice: «Maridos, amen a sus mujeres como Cristo amó a la Iglesia... Gran misterio es éste, lo digo con respecto a Cristo y la Iglesia» (Ef 5,25.32). □ □

1660 La alianza matrimonial, por la que un hombre y una mujer constituyen una íntima comunidad de vida y de amor, fue fundada y dotada de sus leyes propias por el Creador. Por su naturaleza está ordenada al bien de los cónyuges así como a la generación y educación de los hijos. Entre bautizados, el matrimonio ha sido elevado por Cristo Señor a la dignidad de sacramento (cf. GS 48,1; CIC, can. 1055,1). □ □

1661 El sacramento del matrimonio significa la unión de Cristo con la Iglesia. Da a los esposos la gracia de amarse con el amor con que Cristo amó a su Iglesia; la gracia del sacramento perfecciona así el amor humano de los esposos, reafirma su unidad indisoluble y los santifica en el camino de la vida eterna (cf. Cc. de Trento: DS 1799). □ □

1662 El matrimonio se funda en el consentimiento de los contrayentes, es decir, en la voluntad de darse mutua y definitivamente con el fin de vivir una alianza de amor fiel y fecundo. □ □

1663 Dado que el matrimonio establece a los cónyuges en un estado público de vida en la Iglesia, la celebración del mismo se hace ordinariamente de modo público, en el marco de una celebración litúrgica, ante el sacerdote (o el testigo cualificado de la Iglesia), los testigos y la asamblea de los fieles. □ □

1664 La unidad, la indisolubilidad, y la apertura a la fecundidad son esenciales al matrimonio. La poligamia es incompatible con la unidad del matrimonio; el divorcio separa lo que Dios ha unido; el rechazo de la fecundidad priva la vida conyugal de su «don más excelente», el hijo (GS 50,1). □ □

1665 Contraer un nuevo matrimonio por parte de los divorciados mientras viven sus cónyuges legítimos contradice el plan y la ley de Dios enseñados por Cristo. Los que viven en esta situación no están separados de la Iglesia pero no pueden acceder a la comunión eucarística. Pueden vivir su vida cristiana sobre todo educando a sus hijos en la fe. □ □

1666 El hogar cristiano es el lugar en que los hijos reciben el primer anuncio de la fe. Por eso la casa familiar es llamada justamente «Iglesia doméstica», comunidad de gracia y de oración, escuela de virtudes humanas y de caridad cristiana.

ORACIÓN

¿Qué me pide Dios en mi familia?

Señor nuestra sociedad se encuentra bombardeada por una vida sin sentido que está afectando a los matrimonios jóvenes, ocasionando matrimonios que parecieran que tienen fecha de caducidad, por ello te pido por aquellos matrimonios jóvenes que están pasando por alguna dificultad para que en medio de su tempestad sepan salir airoso, y vean el matrimonio no un contrato civil y social, sino una bendición que Dios ha unido. Y que el testimonio de los padres de familia, sea lo que mueva a las nuevas generaciones para que vean en el matrimonio la alegría de formar un nuevo hogar que permanezca para toda la vida, porque lo que Dios unió no lo separe el hombre. Y también te pido por aquellos a los que llama a la vida célibe por el Reino, para que les ayude a vivir alegres la fidelidad de cada día.

Lectio Divina 7:

"Llamó a los que Él quiso"

SACRAMENTO DEL ORDEN

Marcos 3, 13-19

ORACIÓN INICIAL:

Señor Dios y Padre nuestro, inspira nuestros pensamientos, palabras y acciones y acompáñalas con tu ayuda, para que todas nuestras actividades comiencen y terminen según tu voluntad y por amor a ti. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

LECTURA

Mc 3, 13-19

Subió después Jesús a la montaña, llamó a los que él quiso y se acercaron a él. Designó entonces a Doce, a los que llamó apóstoles, para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios. Designó a estos Doce: a Simón, a quien dio el sobrenombre de Pedro; a Santiago, el hijo de Zebedeo, y a su hermano Juan, a quienes dio el sobrenombre de Boanerges, es decir, hijos del trueno; a Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el hijo de Alfeo, Tadeo, simón el Cananeo y Judas Iscariote, el que lo entregó.

Palabra del Señor.

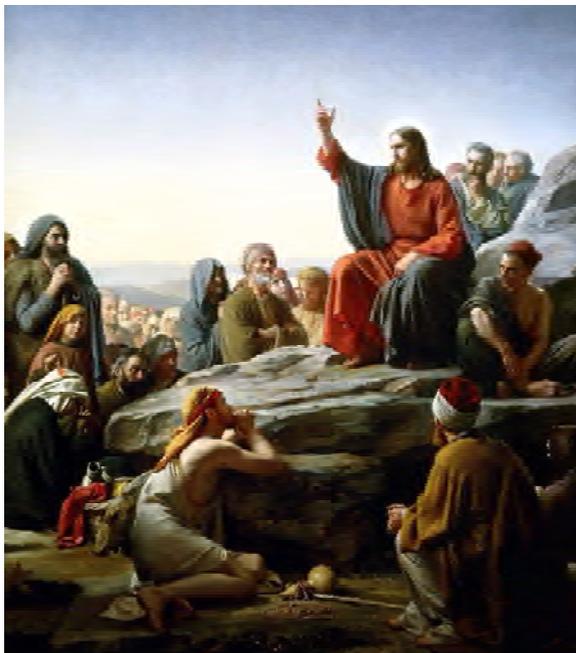
En esta perícopa evangélica nos habla de las necesidades de una humanidad enferma, Jesús elige a un grupo de personas a las cuales confiere

su propia misión y autoridad. Es una elección solemne, como sugiere el lugar en que se realiza: un monte, expresión de la cercanía con Dios y escenario de las grandes revelaciones divinas. Es una elección bajo el signo de la gratuidad; cuenta tan sólo la voluntad de Jesús, si predilección y su amor. Es una elección con doble finalidad: estar con él y enviarlos a predicar: contemplación y actividad son dimensiones complementarias. Es, finalmente, una elección que recae sobre doce, número que, al hacer referencia a las doce tribus del antiguo Israel, indica el deseo de Jesús de

preparar el nuevo Israel, el Israel de los últimos tiempos, el verdadero pueblo de Dios: la Iglesia.

Subir a la montaña es signo de encuentro con el Padre, porque es en donde comúnmente se comunica con Dios. Y junto con la llamada de algunos de entre el pueblo está la respuesta afirmativa de los discípulos, que hay sido atraídos por el ejemplo de Jesús.

Designa a los que él cree convenientes para que ya instruidos sean los que gobiernen y sostengan la Iglesia fundada por Jesús, estarán con Él durante poco tiempo pero en ese lapso tienen que aprender todo de Jesús para después predicarlo, Jesús les comparte el poder de expulsar a los



demonios para las personas crean más fielmente en ellos.

Designo doce es un número con un significado y comenzó con Simón que luego le llamo Pedro que después lo negaría tres veces pero sería el líder de la Iglesia cimentada sobre él porque Jesús así lo quiso.

Los llamo a ser parte de sus discípulos Jesús no se fija en sus errores pasados, el mira el futuro, el fruto apostólico que se realizara en las personas a las que ha elegido.

La fuerza del evangelio es también la fuerza del Espíritu Santo, y que con convicción hay que exponer el mensaje no con violencia sino con suavidad, no con gritos sino con testimonios, no con fuerza de argumentos sino con fuerza de Espíritu que es la misma caridad.

MEDITACION

Una referencia válida que explica la existencia de unos ministerios ordenados concretos dentro de la comunidad cristiana, la encontramos en Mc 3,13-19: Jesús elige de forma solemne, «designó» a Doce de entre sus discípulos para que «fueran sus compañeros y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios». Así se crea, se constituye el grupo de los Doce, decisivo en el cristianismo. Esto resulta tan evidente que, con el fin de suplantar a Judas y restituir el número, se incorpora Matías como sustituto. (Hch 1,15-26)

Las denominaciones varían ampliamente según las diversas comunidades, por lo que podemos encontrar Apóstoles, Profetas, Doctores (1Co 12,28; Ef 2,20; 3,5; 4,11), Presbíteros (Hch 11,30; 14,22);

Diáconos (1Tm 3,8-13; Flp 1,1), Pastores (Ef 4,11; 1P 5, 2-4), etc.

Todos estos términos no designan una misma función, pero podríamos afirmar que, de diferentes maneras, todas ellas tienen una orientación hacia la predicación del Evangelio y la edificación y santificación de la Iglesia.

La comunidad cristiana, en su liturgia, ve al sacerdocio y los sacerdotes del Antiguo Testamento como prefiguraciones que encuentran su cumplimiento en Cristo Jesús, Sumo y Eterno Sacerdote, que incorpora a su Único

sacerdocio a los Apóstoles y sus sucesores sacerdotes.

Durante los siglos II y III se va a dar una consolidación de nombre y contenidos del ministerio apostólico bajo las denominaciones de: Diácono, Presbítero y Obispo, configurándose como ministerio de santificación, gobierno y enseñanza en la comunidad cristiana.

El Concilio de Trento 1545, por el contrario, reafirma y declara que «El Sacramento del Orden es un sacramento instituido por Cristo, que comu-



nica poder y gracia y no puede entenderse sólo con relación al ministerio de predicar el Evangelio».

El Sacramento del Orden es una incorporación al ministerio apostólico, por lo que su misión entra en relación con la misión de Cristo y los Apóstoles tanto en los tipos de actividad que desarrolla como en la apostolicidad del marco geográfico al que está dirigido.

Dios suscita los ministerios en la comunidad y para la comunidad (1Co 12,7; 14,3-12; Ef 4,12): Por eso, desde el Nuevo Testamento los ministerios no se conciben sin la comunidad.

El ministerio a lo largo de todo el Nuevo Testamento se concibe como un servicio. Tomando como punto de apoyo (Mt 20, 20-28), la Iglesia apostólica y los Padres de la Iglesia hablan de los responsables y sus funciones utilizando el término «*diakonía*». Esta palabra significa servir a la mesa, acción que era desarrollada habitualmente por los esclavos. La acción diaconal de los ministros se concreta en el servicio a la palabra, en el servicio de la unidad y en el servicio a las mesas o caridad.

El signo de la transmisión de los ministerios ordenados es desde la época de apostólica la imposición de manos junto con la oración (Hch 6,6; 13,3; 1Tm 4,14).

Cristo que fue enviado por el Padre para la redención del mundo (Mt 20,26) y para ello le dotó de todo poder en el cielo y en la tierra (Mt 28,18), llama a los apóstoles y les participa su misión «*Así como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes*» (Jn 20,21). A ellos les toca ser «*Servidores de Cristo y encargados suyos para administrar las obras misteriosas de Dios*» (1Co 4,1).

CONTEMPLACIÓN

Vemos lo que dice el Catecismo de la Iglesia Católica

1590 *S. Pablo dice a su discípulo Timoteo: «Te recomiendo que reavives el carisma de Dios que está en ti por la imposición de mis manos» (2 Tm 1,6), y «si alguno aspira al cargo de obispo, desea una noble función» (1 Tm 3,1). A Tito decía: «El motivo de haberte dejado en Creta, fue para que acabaras de organizar lo que faltaba y establecieras presbíteros en cada ciudad, como yo te ordené» (Tt 1,5). □ □*



1591 *La Iglesia entera es un pueblo sacerdotal. Por el bautismo, todos los fieles participan del sacerdocio de Cristo. Esta participación se llama «sacerdocio común de los fieles». A partir de este sacerdocio y al servicio del mismo existe otra participación en la misión de Cristo: la del ministerio conferido por el sacramento del Orden, cuya tarea es servir en nombre y en la representación de Cristo-Cabeza en medio de la comunidad. □ □*

1592 *El sacerdocio ministerial difiere esencialmente del sacerdocio común de los fieles porque confiere un poder sagrado para el servicio de los fieles. Los ministros ordenados ejercen su servicio en el pueblo de Dios mediante la enseñanza (munus docendi), el culto divino (munus liturgicum) y por el gobierno pastoral (munus regendi). □ □*

1593 *Desde los orígenes, el ministerio ordenado fue conferido y ejercido en tres grados: el de los Obispos, el de los presbíteros y el de los diáconos. Los ministerios conferidos por la ordenación son insustituibles para la estructura orgánica de la Iglesia: sin el obispo, los presbíteros y los diáconos no se puede hablar de Iglesia (cf. S. Ignacio de Antioquía, Trall. 3,1). □ □*

1594 El obispo recibe la plenitud del sacramento del Orden que lo incorpora al colegio episcopal y hace de él la cabeza visible de la Iglesia particular que le es confiada. Los Obispos, en cuanto sucesores de los apóstoles y miembros del colegio, participan en la responsabilidad apostólica y en la misión de toda la Iglesia bajo la autoridad del Papa, sucesor de S. Pedro. □ □

1595 Los presbíteros están unidos a los obispos en la dignidad sacerdotal y al mismo tiempo dependen de ellos en el ejercicio de sus funciones pastorales; son llamados a ser cooperadores diligentes de los obispos; forman en torno a su Obispo el presbiterio que asume con él la responsabilidad de la Iglesia particular. Reciben del obispo el cuidado de una comunidad parroquial o de una función eclesial determinada. □ □

1596 Los diáconos son ministros ordenados para las tareas de servicio de la Iglesia; no reciben el sacerdocio ministerial, pero la ordenación les confiere funciones importantes en el ministerio de la palabra, del culto divino, del gobierno pastoral y del servicio de la caridad, tareas que deben cumplir bajo la autoridad pastoral de su Obispo. □ □

1597 El sacramento del Orden es conferido por la imposición de las manos seguida de una oración consecratoria solemne que pide a Dios para el ordenando las gracias del Espíritu Santo requeridas para su ministerio. La ordenación imprime un carácter sacramental indeleble. □ □

1598 La Iglesia confiere el sacramento del Orden únicamente a varones (viris) bautizados, cuyas aptitudes para el ejercicio del ministerio han sido debidamente reconocidas. A la auto-

ridad de la Iglesia corresponde la responsabilidad y el derecho de llamar a uno a recibir la ordenación. □ □

1599 En la Iglesia latina, el sacramento del Orden para el presbiterado sólo es conferido ordinariamente a candidatos que están dispuestos a abrazar libremente el celibato y que manifiestan públicamente su voluntad de guardarlo por amor del Reino de Dios y el servicio de los hombres. □ □

1600 Corresponde a los Obispos conferir el sacramento del Orden en los tres grados.



ORACIÓN

Juan Pablo II

Padre Bueno, en Cristo tu Hijo nos revelas tu amor, nos abrazas como a tus hijos y nos ofreces la posibilidad de descubrir, en tu voluntad, los rasgos de nuestro verdadero rostro.

Padre santo, Tú nos llamas a ser santos como Tú eres santo. Te pedimos que nunca falten a tu Iglesia ministros y apóstoles santos que, con la palabra y con los sacramentos, preparen el camino para el encuentro contigo.

Padre misericordioso, da a la Humanidad extraviada, hombres y mujeres, que, con el testimonio de una vida transfigurada, a imagen de tu Hijo, caminen alegremente con todos los demás hermanos y hermanas hacia la patria celestial.

Padre nuestro, con la voz de tu Espíritu Santo, y confiando en la materna intercesión de María, te pedimos ardientemente: manda a tu Iglesia sacerdotes, que sean testimonios valientes de tu infinita bondad.

¡Amén!

¿Cómo hacer Lectio Divina?

Hacer Lectio Divina es hacer una lectura existencial de la Palabra de Dios, en un clima de oración: ¿cómo aplicar la Palabra a tu propia vida? ¿Cómo acude la Palabra a tu vida en determinados momentos?

No tomo la Palabra para leerla e interpretarla intelectualmente, sino pienso qué me quiere decir hoy, como creyente, como veneración del texto sagrado. Las Escrituras nos acompañan, nos ayudan cuando nos sentimos perdidos, cuando no hallamos el sentido de la vida, cuando sentimos soledad...

Lc 4, 16:

Jesús llega a la sinagoga, toma el libro, lo lee y lo explica.

Debemos evitar hacer una interpretación exclusivamente personal. Lo que se descubra, lo que se investigue sobre la Palabra y vida de Jesús debe estar en comunión con lo que dice la Iglesia.

El monje Guido, el Cartujano, en el año 1150 escribe un pequeño tratado, La escala del Paraíso, que él distribuye en cuatro momentos:

Lectio,
Meditatio,
Oratio,
Contemplatio.

Leer la Palabra de Dios sería como subir una escalera en la que vamos acercándonos a Dios y debemos bajar de nuevo para poner en práctica y aplicar lo que la Palabra dice en nuestra vida.

Encontrarnos con la Palabra de Dios a partir de la FE, no especulativamente.



PREPARACION

Te damos gracias, Señor, por este tiempo que nos concedes para escuchar tu Palabra. Te pedimos que hagas de nosotros oyentes atentos, porque en tu Palabra está el secreto de nuestra vida, de nuestra identidad, de nuestra verdadera realidad a la que somos llamados. Aleja de nosotros, Señor, todo prejuicio, toda prevención, todo preconcepto que nos impediría **acoger libremente** la Palabra de tu Evangelio.

María, Madre de Jesús, que meditabas en tu corazón las palabras y los hechos de tu Hijo, haz que te imitemos con sencillez, con tranquilidad, con paz.

Quita de nosotros todo esfuerzo, ansia o nerviosismo y haznos atentos oyentes para que nazca en nosotros el fruto del Evangelio».

Cardenal Martini

Ante cada lectura, necesitamos un prólogo, una estación, una parada y una disposición del ánimo, y más si se trata de la Palabra de Dios. La palabra que recoge este proceso se puede definir como **DESIERTO**. En hebreo, «midbar», lugar de la palabra, espacio de **soledad** y de **silencio**.

Se requieren unas **ACTITUDES PREVIAS**, como son el deseo noble de querer estar con Jesús, tratar con Él, verlo, sentirlo... No se trata de tener audiciones ni visiones místicas ni divinas, no se debe pedir esa gracia.

El desierto por un lado, es un lugar áspero, nos asusta introducirnos en el espacio estepario de la so-

ledad... Pero quien cruza el miedo al silencio y a la soledad se encuentra con una experiencia de ser habitado, de descubrir al Señor dentro de nosotros, un oasis en el desierto.

Se necesita un tiempo de preparación para recibir la Palabra de Dios, no podemos encontrarla con ella de bruce. Prepara el ánimo, invoca al Espíritu Santo, haz «higiene» de las preocupaciones que desvían la atención. Es **tiempo de escucha**.

LECTURA

Se encuentra la Biblia en muchas traducciones, hasta en traducciones que se concentran en usar palabras eminentemente claras para que todos puedan entenderlas. Oímos las Escrituras leídas en cada misa, diaria y dominical. Hasta en Internet tenemos la Biblia en varias traducciones e idiomas. Y Dios garantiza que esta Palabra es eficaz.

El encuentro con la Lectio es un ejercicio gratuito de empaparse. Por ejemplo la **esponja** que se moja hasta que chorrea, tú lee hasta que te empapes, no te preocupes, algún día lo entenderás. No se trata de leer todos los libros de la Biblia. Puedes empezar por el Nuevo Testamento, a ver qué te quiere decir, memorizar pasajes...

La lectura sosegada, atenta, «debe ser lenta, no para adquirir una información práctica, nuevos conocimientos, sino para **asimilar** lo que Dios dice a través de lo que uno lee». Debe ser una **lectura desinteresada, reverente, religiosa...** Una lectura **comprometida, personalizada**, con un contacto directo entre el autor (que en el último término es Dios) y el lector. Por lo tanto, sólo es auténtica cuando es **dialogal**, con la doble dimensión de acogida de la palabra y de compromiso personal.

Leer no sólo con la mente, sino también con los labios: en alto, o bajito, susurrando, proclamando, paladeando las palabras.

Lee pausadamente el relato (si es preciso, vuélvelo a leer varias veces), no hagas violencia, no desees encontrar lo que buscas, sino **déjate decir** aquello que quizá no esperas. Cada día la Palabra te golpea el alma si la acoges con actitud de sorpresa.

Una vez terminada la lectura, puedes intentar reproducir el pasaje en la memoria. Aunque no retengas LITERALMENTE el texto, al menos intenta reproducir las acciones más significativas, las palabras que más te han impactado, las palabras que se repiten, el hilo conductor de la acción, los textos paralelos, la evocación de imágenes bíblicas semejantes. Cierra el Evangelio, la Biblia, piensa en el texto, ¿te acuerdas? Igual no te acuerdas de lo que has leído. ¿Qué

ha pasado en ti, lo has escuchado o leído con atención, lo has acogido con novedad?

Intenta no inventar nada, sino registrar aquello que sin violencia acude a tu mente y te produce consuelo, luz, fascinación y conversión del corazón. **Déjate conmover, afectar**, no te hagas refractario a las posibles insinuaciones del Espíritu, al que has invocado.

MEDITACION

La Palabra de Dios será materia de su meditación, que practicará de acuerdo con los diversos métodos probados por la tradición espiritual de la Iglesia; así logrará tener una comprensión de las Sagradas Escrituras animada por el amor».

La palabra que mejor define la meditación es una palabra muy rústica, muy rural: la **rumia**. Llévate la imagen de Dios y dar vueltas y vueltas hasta que se abre la inteligencia al «sabor» profundo de esa palabra. La expresión en hebreo equivale a mascullar.

¿Qué te ha dicho a ti HOY la Palabra? Ésa es la clave. Actualización del texto, traído a las circunstancias de HOY. Actualiza el sentido del texto hasta dejar claro lo que Dios quiere de nosotros.



No hay que fijarse tanto en lo mecánico. Viene a la mente la invocación del nombre de Jesús, de quien tiene poder en el cielo y en la tierra. No hacer una recitación mecánica, mística, inconsciente, sino una recitación amorosa, creyente, saber a quién invocas.

Descubrir la verdad a través de la meditación. Entrar en conocimiento del corazón de Dios. Sólo cuando le conoces, le escuchas, sabes qué intención tiene, qué fondo tiene... Conociendo la parábola de la semilla y la tierra, podemos decir: haz tu corazón de tierra buena, que la palabra de Dios dé fruto, se quede en tu interior, que entre en la profundidad del corazón.

Déjate empapar de la Palabra, lee y lee, da vueltas y más vueltas, medita, almacena, invoca, relee, memoriza... a lo mejor ahora no te dice nada, pero un día salta la chispa y te dice la palabra que necesitas oír.

ORACION

Orar es la **exigencia de la fe consciente**, como respuesta al regalo de haber conocido el Amor de Dios, manifestado en su Hijo.

Por la Palabra de Dios orada, se experimenta la historia personal relacionada siempre con el Tú divino, ante quien no es necesario presentarse, porque **Él te conoce y te ama**.

En la prueba o en la encrucijada del camino, gracias a la oración, no se toma una decisión errónea de huida, desesperanza, hundimiento, de polarización negativa, sino que, al escuchar la voz interior que posibilita la relación orante, se acoge el ofrecimiento de la **bondad divina** y surge la súplica humilde, el grito de socorro, la llamada de auxilio...

En la oración se hace uno consciente de que el fruto de la tarea no corresponde al esfuerzo personal como causa absoluta, sino a la gracia y generosidad de Dios, **providencia que atraviesa la mediación humana**.

¿Qué le quiero DECIR a Dios de la Palabra?

La oración es el retorno de la Palabra escuchada, hecha súplica, alabanza, adoración, reconocimiento...

CONTEMPLACION

Una vez superados los peldaños de la **lectura, meditación y oración**, llegamos a la **contemplación**. La contemplación es «redescubrir y gustar de la riqueza doctrinal de cuánto ha sido ya estudiado».

Te miramos y Tú nos miras, y esa **mirada** nos hace descubrir la Palabra. Desde esa experiencia hay una **vocación** que acontece, y que no es sólo personal, sino que debemos compartir. Cuando uno se siente **amado**, es más capaz de amar a los demás.

Sin previo aviso se entra en el amor de Dios, que concede entrañas de amor universal. No sabemos cuándo llegará ese momento, hay que estar **esperando** con las lámparas encendidas.

A través del silencio y la soledad hemos llegado a la contemplación, pero no por evasión o desentendimiento de la realidad. Lo verdaderamente importante de la contemplación no es el éxtasis, el embelesamiento, el gusto de buscar lo sensible, o el apartarse de las cosas, sino la **adhesión** a la voluntad de Dios.

El contemplativo es **realista**, porque a él se le revela la meta del camino, el amor. Se sabe fuerte en la debilidad. Se le conoce por la paz que ofrece. Se siente muy amado por Dios y por eso ama mucho a sus semejantes.

La contemplación es una **forma amorosa de orar** y llega a expresarse en adoración. Con ella se iluminan los acontecimientos, se recibe sabiduría para interpretar los hechos teológicamente y no errar en las etapas más difíciles. Se manifiesta la coherencia de la fe.

COMPROMISO

Al final me llevo en mi corazón un compromiso como resultado de mi encuentro personal e íntimo con la Palabra: Dedicemos un espacio de nuestro tiempo, podría ser una tarde, para ir a algún lugar donde haya alguna persona que nos necesite y brindémosle nuestra ayuda. Y ¿por qué no hacerlo periódicamente?. Puedo ser un buen samaritano curando las heridas con el aceite de la misericordia. Puedo ser frasco de vino que provoque gozo y no dolor en mi familia.

Entonización de la Biblia en las Familias

La entronización de la Biblia es muy significativa al iniciar el mes de la Biblia (Septiembre), pues expresa el deseo de encontrarnos con Jesucristo, Palabra del Padre, Camino, Verdad y Vida de la humanidad.

Entronizar la Palabra de Dios es una confesión de fe por parte de la comunidad de los creyentes. Con este gesto, reconocemos la presencia misma de Dios en su Palabra, y la hacemos centro de nuestra vida. Alrededor de su Palabra, escuchándola y acogéndola como Palabra de Vida, crecemos en nuestro camino de seguimiento del Señor y en nuestra dedicación a la causa del Reino, como comunidad de creyentes, testigos del amor de Dios.

A continuación les proponemos una fórmula para la Entonización de la Biblia en la Familia.

Ambientación

Prepara un altar donde se colocará la Biblia, con una imagen de Jesús, la Virgen María, encender el Cirio Pascual y/o veladoras y colocar también flores (de ser posible un atril para colocar la Biblia).

1. Motivación

Guía: Queridos hermanos (esposa, hermanos, amigos, etc.) esta vez nuestra familia se ha reunido alrededor de la Palabra de Dios, porque queremos que sea la luz que ilumine a nuestra familia. Al igual que en el antiguo Pueblo de Dios somos

peregrinos y peregrinas, seguidores del Señor que sigue hablándonos en las Escrituras.

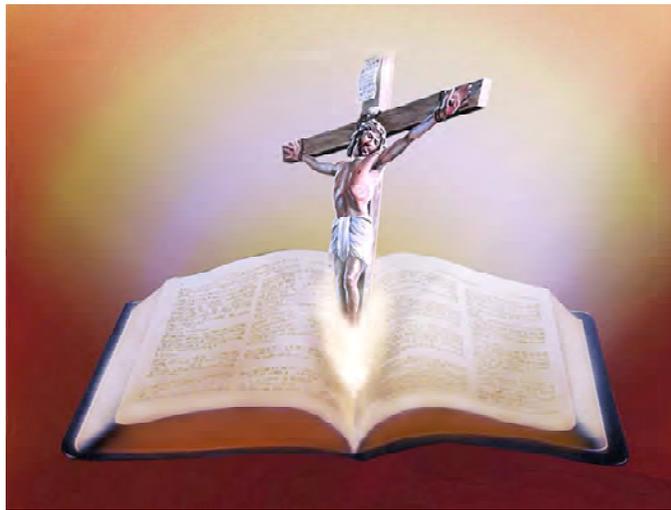
Hoy vamos a entronizar la Biblia: así manifestamos que la Palabra del Señor será la brújula y el timón para esta familia; será la maestra que nos enseñe los caminos del Señor.

Preparemos un corazón sencillo y abierto, atento al mensaje del Señor.

En el nombre del Padre...

2. Cantamos

*«Tu Palabra me da vida»,
o algún otro canto.*



Entonización de la Biblia

La Biblia es introducida solemnemente por algún miembro, llevándola en alto, pueden acompañar dos personas más con velas o veladoras encendidas.

Otra posibilidad: la Biblia abierta va pasando de mano en mano. Cada uno la recibe con veneración y le da un beso.

3. Oración

(Después de colocar la biblia en el lugar destinado)

Guía: Dios nuestro, Padre bondadoso que nos amas, envíanos tu Espíritu Santo, para que nos ayude a leer la Biblia desde el corazón. Sabemos que en las Sagradas Escrituras resuena la voz de Jesús, tu Hijo Amado y Hermano nuestro. Crea en nosotros el silencio para escuchar su voz: para

que también nosotros seamos sus discípulos Misioneros, para que podamos testimoniar a los demás que Jesús está vivo y presente en medio de nosotros como fuente de amor, de esperanza y de paz. Que en esta familia resuene siempre tu Palabra. Amén.

4. Proclamación de la Palabra de Dios

Leemos: **Lucas** 4,14-21.

Meditamos un momento y después compartimos lo que nos dice personalmente la Palabra de Dios.

5. Peticiones

Guía: Pidamos a Dios, que su Palabra que hemos entronizado en nuestro hogar, sea semilla que dé muchos frutos en nosotros y nuestros hermanos. Y digamos:

«Señor a quién iremos, sólo Tú tienes palabras de vida eterna».

1. Para que la Palabra de Dios sea el «Pan de cada día» que nos alimenta en el camino de la fe y del amor, especialmente en el «Año de la Fe», que estamos por comenzar.

Rogemos al Señor.

2. Para que la Biblia no sea sólo adorno en esta casa, sino luz, maestra de vida, a quien escuchemos con frecuencia. **R.**

3. Para que el Señor bendiga nuestro hogar con el amor y el perdón de cada día. Que en eso se note que somos una familia de discípulos misioneros de Jesús. **R.**



4. Para que la Consagración al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María, que recientemente hemos hecho, dé frutos de conversión para nuestra diócesis de San Juan de los Lagos. **R.**

Guía: Que María, madre de Jesús y madre nuestra, primera discípula misionera del Evangelio, nos eduque en la escucha de la Palabra de Dios. Amén.

Oración de toda la familia

Todos: Señor, Padre de Jesús y Padre Nuestro, mira con bondad esta familia reunida en tu nombre, que desea acercarse a Ti, escuchado tu voz en la Biblia. Enséñanos, Padre, con tu Palabra. Queremos ser discípulos, caminar junto a Jesús, aprender a vivir como verdaderos hijos tuyos. Danos fuerza, Señor y anima nuestro caminar. Tu Palabra es la fuente viva, acércanos a ella. Señor, queremos que esta familia sea un templo donde resuene tu Palabra, y nuestros corazones sean el lugar donde ella germine, porque la llevemos a la vida y la expresemos en el amor que nos tenemos y que donamos a todos. Amén.

Rezamos: Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

6. Conclusión

Guía: Dios, Padre bondadoso, de quien proviene toda paternidad y amor, bendiga nuestra familia, y nos siga alimentando con la Palabra que sale de su boca. **Todos:** Alabado seas por siempre, Señor.

Que el Evangelio de Jesús, nuestro Señor, resuene siempre en este hogar, irradiando luz y esperanza. Todos: Alabado seas por siempre, Señor.

Que el Espíritu Santo, Maestro y Amigo interior, nos enseñe a leer y orar la Palabra que palpita en las Escrituras Santas. Todos: Alabado sean por siempre, Señor.

Nos persignamos diciendo:

Que el Señor nos bendiga y nos proteja, que el Señor nos muestre su rostro y nos conceda la Paz. Amén.

Canto Final

«El Señor es mi luz», o algún otro.

El Gozo de la Salvación Traída por Jesucristo

*No temas, Zacarías, tu petición ha sido escuchada.
Isabel, tu mujer, te dará un hijo al que pondrás por nombre Juan.
Te llenarás de gozo y alegría, y muchos se alegrarán de su nacimiento.* Lc 1, 13-14

Este clima de gozo y alegría por el nacimiento de Juan el Bautista nos indica que estamos entrando en el tiempo de la salvación definitiva de la humanidad, el cumplimiento de las promesas hechas por Dios al pueblo de Israel. El hecho de que Dios cumple sus promesas es siempre motivo de alegría. Por eso Zacarías desborda de gozo y el evangelista pone en sus labios estas palabras de alabanza y glorificación a Dios, porque se ha dignado visitar a su pueblo, y la llegada del precursor de Jesús es la primera señal de que está muy cerca la salvación.

La alegría que tiene una madre por el nacimiento de su hijo no cabe en su corazón, por eso la comparte con sus vecinos y parientes. Del mismo modo, la alegría que tiene una persona que ha tenido una verdadera experiencia de Dios, desborda su ser y no puede guardarla para sí mismo, sino que sale a compartirla con los demás.

Cuando nos damos cuenta de que Dios cumple sus promesas y por ello nos llenamos de alegría, no nos queda más que agradecerle al Señor por

todos sus beneficios. La respuesta de María al saludo de Isabel (Lc 1 47-55) es un salmo de acción de gracias compuesto de citas y alusiones del Antiguo Testamento, en el que se canta la gratitud de María y de todo el pueblo de Dios por el cumplimiento de su promesa. María supo hacer la voluntad de Dios desde el silencio de su corazón, por eso está llena de gozo y, así, iluminada por el Espíritu Santo, proclama esa grandeza del Señor.

Cuando nosotros nos apegamos al plan de Dios, siendo fieles a él, estamos alegres,

nos sentimos felices, plenos y realizados, aun en medio de los problemas y contradicciones, porque tenemos la certeza de que Dios está con nosotros, de que no nos abandona. En cambio, mientras más nos alejamos de ese plan de Dios, irremediablemente vendrá el sufrimiento, lo contrario al gozo y la alegría; la cruz se vuelve más pesada porque dejamos a Dios a un lado y creemos que por nuestras propias fuerzas podremos salir adelante, y no es así, necesitamos la ayuda que el Señor nos ofrece.



Por tanto, es necesario esforzarnos por hacerlo que Dios nos pide. En eso consiste la salvación: en cumplir la voluntad de Dios, así como Cristo cumplió siempre la voluntad del Padre, hasta entregar la vida por nosotros. Sólo así seremos felices.

La mayor alegría para toda la humanidad es el nacimiento de Cristo, porque viene a librarnos del pecado, el sufrimiento y la muerte. Aunque algunos hemos olvidado o rechazado esa alegría, y otros aun no la han conocido, Cristo quiere que todos la vivamos. Por tanto, el compromiso de todo bautizado es salir a dar a conocer esa alegría a todos los rincones de la Tierra. Una buena noticia siempre nos causa alegría, Cristo es la Buena Noticia, la más grande alegría que Dios nos ha regalado.



Sin embargo, sabemos que el gozo y la alegría en el mundo no son plenos aun, esa plenitud de alegría y fiesta, de felicidad perfecta, en ausencia de todo sufrimiento, la viviremos en el cielo, contemplando la belleza de Dios por toda la eternidad. Mientras tanto, vivamos en el gozo y la alegría, aunque limitados, de cumplir la voluntad de Dios, de amarlo a Él y a nuestros hermanos, de compartir nuestra vida y todo lo que Dios nos regala, y ponerlo al servicio de los demás.

El sufrimiento vendrá, porque nuestra condición de humanos es débil, pero si estamos de la mano de Dios, ese sufrimiento tendrá sentido y será más llevadero. Además, viviremos con la esperanza de que ese sufrimiento se convertirá en gozo y alegría plenos, cuando venga la resurrección y nos encontremos cara a cara con el Bien, la Belleza y la Verdad Plenos en la fiesta del cielo.

Oración

Tú eres Santo, Señor Dios único, que haces maravillas. Tú eres fuerte, Tú eres grande, Tú eres Altísimo. Tú eres el Bien, todo Bien, Sumo Bien, Señor Dios, vivo y verdadero. Tú eres caridad y amor, Tú eres sabiduría. Tú eres humildad, Tú eres paciencia, Tú eres seguridad, Tú eres quietud, Tú eres solaz, Tú eres alegría. Tú eres hermosura, Tú eres mansedumbre. Tú eres nuestro protector guardián y defensor. Tú eres nuestra fortaleza y esperanza. Tú eres dulzura. Tú eres nuestra vida eterna, grande y admirable, Señor. Amén.



La Alegría de Creer en Cristo

Dichosos los afligidos, porque Dios los consolará. Mt 5, 4

Las palabras de Jesús tienen un marco solemne: desde un monte, sentado, cerca de sus discípulos, rodeado de las multitudes que lo siguen y en actitud de enseñar. Sobre el soporte de un esquema literario muy conocido en la tradición sapiencial judía y utilizado otras veces por Jesús; Mateo va enseñando las pistas que conducen a la verdadera felicidad.

La verdadera felicidad se encuentra en Jesús, en su enseñanza, en poner en práctica su palabra. En fin, la verdadera felicidad se encuentra en vivir en el Reino de Dios. Y esa felicidad la podemos vivir ya en este mundo, aunque no perfecta. Por tanto, quien encuentra el Reino de Dios, quien se encuentra con Cristo, no puede guardarse para sí la alegría y la felicidad que encuentra en Él, sino que desea compartirla con los demás, como quien se encuentra la perla preciosa o el tesoro escondido.

Cuando nosotros buscamos hacer la voluntad de Dios, siendo fieles a él, estamos alegres, nos sentimos felices, plenos y realizados, aun en medio de los problemas y contradicciones, porque tenemos la certeza de que Dios está con nosotros, de que no nos abandona; experimentamos en nosotros esa felicidad que Jesús nos promete por medio de las bienaventuranzas. En cambio, mientras más nos alejamos de ese plan de Dios, irremediamente vendrá el sufrimiento, lo contrario al gozo y la alegría; la cruz se vuelve

más pesada porque dejamos a Dios a un lado y creemos que por nuestras propias fuerzas podremos salir adelante, y no es así, necesitamos la ayuda que el Señor nos ofrece.

Por tanto, es necesario esforzarnos por hacer lo que Dios nos pide. En eso consiste la salvación: en cumplir la voluntad de Dios, así como Cristo cumplió siempre la voluntad del Padre, hasta entregar la vida por nosotros. Sólo así seremos felices.



La mayor alegría para toda la humanidad es encuentro con Cristo vivo, porque viene a librarnos del pecado, el sufrimiento y la muerte. Aunque algunos hemos olvidado o rechazado esa alegría, y otros aun no la han conocido, Cristo quiere que todos la vivamos. Por tanto, el compromiso de todo bautizado es salir a dar a conocer esa alegría a todos los rincones de la Tierra. Una buena noticia siempre nos causa alegría, Cristo es la Buena Noticia, la más grande alegría que Dios nos ha regalado.

pre nos causa alegría, Cristo es la Buena Noticia, la más grande alegría que Dios nos ha regalado.

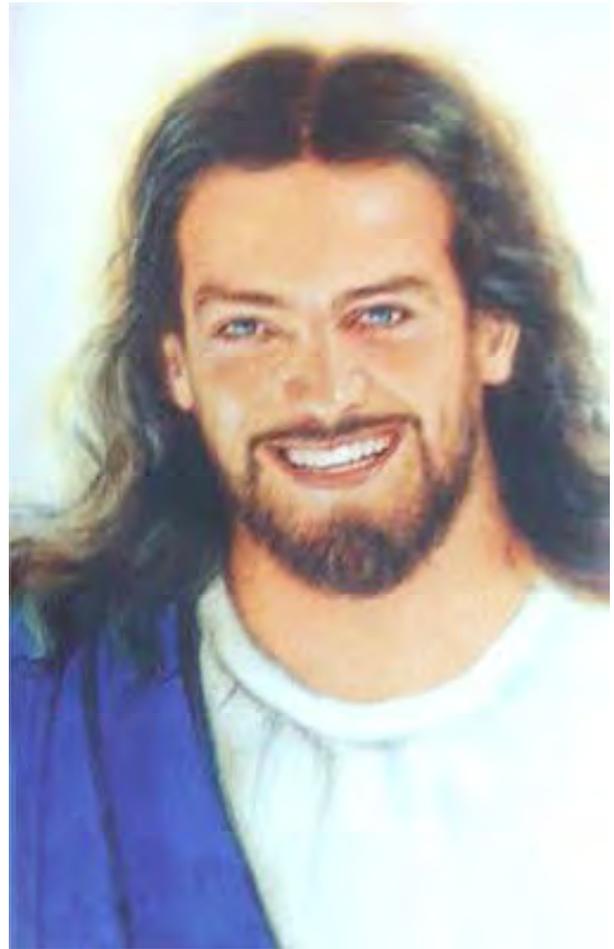
Sin embargo, sabemos que el gozo y la alegría en el mundo no son plenos aun, esa plenitud de alegría y fiesta, de felicidad perfecta, en ausencia de todo sufrimiento, la viviremos en el cielo, contemplando la belleza de Dios por toda la eternidad. Mientras tanto, vivamos en el gozo y la alegría, aunque limitados, de cumplir la voluntad de Dios, de amarlo a Él y a nuestros hermanos, de compartir nuestra vida y todo lo que Dios nos

regala, y ponerlo al servicio de los demás. El sufrimiento vendrá, porque nuestra condición de humanos es débil, pero si estamos de la mano de Dios, ese sufrimiento tendrá sentido y será más llevadero. Además, viviremos con la esperanza de que ese sufrimiento se convertirá en gozo y alegría plenos, cuando venga la resurrección y nos encontremos cara a cara con el Bien, la Belleza y la Verdad Plenos en la fiesta del cielo.

Oración

Hoy seré feliz. Expulsaré de mi espíritu todo pensamiento triste. Me sentiré más alegre que nunca. No me lamentaré de nada. Hoy agradeceré a Dios la alegría y la felicidad que me regala. Hoy trataré de ajustarme a la vida. Aceptaré al mundo como es y procuraré encajar en él. Si sucede algo que me desagrada, no me mortificaré ni me lamentaré, agradeceré que haya sucedido. Porque así se puso a prueba mi voluntad de ser feliz. Hoy seré dueño de mis sentimientos, de mis nervios y de mis impulsos. Para triunfar tengo que tener dominio de mí mismo. Hoy trabajaré alegremente con entusiasmo y pasión, haré de mi trabajo... una diversión. Comprobaré que soy capaz de trabajar con alegría. Hoy haré un bien a alguien, seré cortés y generoso. Al llegar la noche comprobaré que Dios me premió con un bien, con un día lleno de felicidad.

¡Y mañana viviré otro día como hoy!



ORACIÓN

Padre Bueno, en Cristo tu Hijo nos revelas tu amor, nos abrazas como a tus hijos y nos ofreces la posibilidad de descubrir, en tu voluntad, los rasgos de nuestro verdadero rostro.

Padre santo, Tú nos llamas a ser santos como Tú eres santo. Te pedimos que nunca falten a tu Iglesia ministros y apóstoles santos que, con la palabra y con los sacramentos, preparen el camino para el encuentro contigo.

Padre misericordioso, da a la Humanidad extrañada, hombres y mujeres, que, con el testimonio de una vida transfigurada, a imagen de tu Hijo, caminen alegremente con todos los demás hermanos y hermanas hacia la patria celestial.

Padre nuestro, con la voz de tu Espíritu Santo, y confiando en la materna intercesión de María, te pedimos ardientemente: manda a tu Iglesia sacerdotes, que sean testimonios valientes de tu infinita bondad.

¡Amén!